## ANNIE BESANT

# EL HOMBRE Y SUS CUERPOS

## PRÓLOGO

Reina tal confusión respecto de la conciencia y de sus vehículos, del hombre y de sus envolturas, que urge hacer a los teósofos una exposición clara de los hechos en cuanto éstos nos son conocidos. Hemos llegado a un punto de nuestros estudios, donde mucho de lo que en un principio era obscuro, se ha aclarado; mucho que era vago, se ha definido; mucho que era aceptado como teoría, se ha convertido en conocimiento directo. Por tanto, es posible presentar hechos comprobados en serie determinada, hechos que podrán observarse una y otra vez a medida que los sucesivos investigadores desarrollen la clarividencia, y sean capaces de tratar sobre ellos con la misma certeza con que el físico se ocupa de los fenómenos observados y anotados por su ciencia.

Al comenzar nuestro trabajo, es necesario que el lector europeo procure variar el concepto bajo el cual considera al hombre y aprenda a distinguirlo de los cuerpos en que mora. Tenemos muy arraigada la costumbre de identificamos con las envolturas externas que llevamos, y somos muy propensos a reconocemos como si fuéramos nuestros cuerpos. Es necesario, pues, si queremos adquirir el verdadero concepto de nuestro ser, que abandonemos este punto de vista y dejemos de identificamos con las envolturas de que nos revestimos por cierto tiempo, y que desechamos luego, para ponemos otras nuevas cada vez que las necesitamos. La identificación con estos cuerpos que sólo tienen una existencia pasajera, es, en realidad, tan necia y poco razonable, como si nos identificáramos con nuestros vestidos; no dependemos de ellos: su valor está en proporción de su utilidad. El error que constantemente se comete de identificar la conciencia, la cual es nosotros mismos, con los vehículos en que funciona temporalmente, sólo tiene por excusa el hecho de que la conciencia en el estado de vigilia, y hasta cierto punto en el del sueño, vive y obra en el cuerpo, y no es conocida a parte de él por el hombre vulgar; sin embargo, puede obtenerse un concepto intelectual de las verdaderas condiciones, y podemos considerar a nuestro Yo como dueño de sus vehículos; y con el tiempo, y por medio de la experiencia, esto se convertirá para nosotros en un hecho definido, cuando aprendamos a separamos de nuestros cuerpos, a salir fuera de nuestro vehículo, y veamos que tenemos una conciencia mucho más completa fuera que dentro de él, y que en modo alguno dependemos del mismo. Una vez alcanzado esto, nos será imposible seguir identificándonos con nuestros cuerpos, y nunca más volveremos a cometer el error de suponer que somos lo que llevamos. La inteligencia clara de este concepto se halla al alcance de todos, y podemos aprender a adquirir el hábito de distinguir entre el Yo-el hombre-y sus cuerpos. Únicamente así abandonaremos la ilusión que envuelve a la mayor parte de los hombres, cambiaremos por completo nuestro modo de considerar la vida y el mundo, elevándonos a la región serena que está sobre "los cambios de esta vida mortal", donde nos encontraremos por encima de las pequeñeces que tanto agobian la conciencia, y veremos la verdadera proporción entre lo mudable y lo relativamente permanente, distinguiendo al hombre que flota a merced de las olas que llevan y traen, del hombre firme sobre la roca, que ve el oleaje romperse impotente a sus pies.

Por hombre entiendo al Yo vivo, consciente y pensante: al individuo; por cuerpos, las diversas envolturas en que el Yo está encerrado, cada una de las cuales sirve al Yo para funcionar en determinada región del Universo. Lo mismo que se usa

del carruaje en tierra, del barco en el agua y del avión en el aire, para trasladarse de un lugar a otro, siendo el viajero siempre el mismo, así también el Yo, el hombre verdadero, permanece el mismo, cualquiera que sea el cuerpo en que funciona, y así como el carruaje, el barco y el avión son diferentes por sus materiales y construcción, conformes al elemento a que están destinados, así varía cada cuerpo con arreglo al medio en que ha de actuar. Uno es más grosero, otro de menos duración, otro tiene menos facultades, pero todos tienen de común que, con relación al hombre, son transitorios, son sus instrumentos, sus servidores, que se gastan y se renuevan según su naturaleza, adaptados a sus mudables necesidades, a sus poderes progresivos. Los estudiaremos uno por uno, principiando por el inferior, y luego nos ocuparemos del hombre mismo, del actor en todos estos cuerpos.

## CAPÍTULO I

# EL CUERPO FÍSICO

### EL CUERPO FÍSICO

Bajo el término cuerpo físico, deben incluirse los dos principios inferiores del hombre (llamados en lenguaje teosófico el Sthula Sharira y el Linga Sharira), puesto que ambos funcionan en el plano físico, están compuestos de materia física, son abandonados por el hombre al tiempo de su muerte, y se desintegran juntos en el mundo físico cuando aquél pasa al astral.

Otra razón para clasificar estos dos principios como cuerpo o vehículo físico, es que, mientras no podamos salir del mundo físico, tenemos que usar de una u otra, o de ambas envolturas a la vez; las dos pertenecen al plano físico por la materia de que están formadas, y no pueden pasar del mismo; la conciencia que obra dentro de ellas; se halla circunscrita a los límites físicos, y está sujeta a las leyes ordinarias del espacio y del tiempo. Aún cuando parcialmente separables, se separan rara vez durante la vida terrestre, no siendo tal separación nada buena, sino señal de enfermedad o de constitución desequilibrada.

Distínguense por los materiales de que están compuestos. El uno como cuerpo grosero, y el otro como doble etéreo, siendo este último el duplicado exacto del cuerpo visible, partícula por partícula, y el medio por el cual funcionan todas las corrientes vitales y eléctricas de que depende la actividad del cuerpo. Este doble etéreo ha sido hasta ahora llamado Linga Sharira, pero es más conveniente abandonar el uso de este nombre, por varias razones. El "Linga Sharira", desde tiempo inmemorial, ha sido usado en los libros indos en otro sentido, y se origina grandísima confusión entre los estudiantes de la literatura oriental, así asiáticos como europeos, al oír otros significados arbitrarios distintos del suyo reconocido; esta razón basta por sí sola para que se abandone el uso impropio.

Por otra parte, es mejor tener nombres europeos para designar la constitución humana, suprimiendo así de las obras elementales la gran dificultad de la terminología sánscrita. El nombre de doble etéreo expresa exactamente la naturaleza y constitución de la parte más sutil del cuerpo físico, siendo, por tanto, significativo y fácil de recordar, como debe ser todo nombre; es "etéreo" porque se compone de materia etérea, y "doble", por ser duplicado exacto del cuerpo grosero, su sombra, por decirlo así.

Ahora bien: la materia física tiene siete subdivisiones distinguibles una de otra, cada una de las cuales presenta gran variedad de combinaciones dentro de sus propios límites. Las subdivisiones son: estado sólido, líquido, gaseoso y etéreo; este último se compone de cuatro estados tan distintos entre sí, como lo es el líquido respecto al sólido y al gaseoso. Estos son los siete estados de la materia física, y cualquiera parte de ésta es susceptible de pasar por los siete estados, aún cuando bajo lo que llamamos temperatura y presión normales, asuma uno y otro de ellos como un estado permanente; así el oro es de ordinario sólido, el agua líquida y el cloro gaseoso. El cuerpo físico del hombre está

compuesto de materia en estos siete grados, conteniendo el cuerpo grosero, sólidos, líquidos y gases; y el doble etéreo las cuatro subdivisiones del éter, conocidas respectivamente como éter I, éter II, éter III y éter IV.

Cuando se exponen las verdades teosóficas elevadas, se quejan algunos de que se hallan a demasiada altura, y preguntan: ¿Por dónde hemos de principiar? Si queremos aprender por nosotros mismos y comprobar la verdad de las afirmaciones que se hacen, ¿De dónde debemos partir? ¿Cuáles son los primeros pasos que debemos dar? ¿Cuál es, en realidad, el alfabeto de este lenguaje en que los teosofistas discurren tan corrientemente? ¿Qué debemos hacer nosotros los hombres que vivimos en el mundo, para poder comprender y comprobar tales materias, en lugar de aceptarlas simplemente bajo la fe de otros que nos dicen que saben? Voy a contestar a estas preguntas en las páginas que siguen, de modo que los que estén verdaderamente interesados sepan los primeros pasos que deben dar, teniendo entendido que estos pasos deben ir en conformidad con una vida, cuyos aspectos moral, intelectual y espiritual se practiquen también. Nada de lo que el hombre ejecute en relación solamente con el cuerpo físico, puede hacer de él un vidente o un santo; pero también es verdad que, el cuerpo un instrumento de que tenemos que hacer uso, es necesario tratarlo de modo que nos sirva para encaminarnos en la dirección del Sendero. El trato sólo del cuerpo no nos conducirá a las alturas a que aspiramos, mas su abandono nos haría completamente im20sible el escalar esas elevadas regiones. Los instrumentos del hombre son los cuerpos en que tiene que vivir y trabajar, y la primera cosa de que tenemos que penetramos es lo siguiente: que el cuerpo existe para nosotros, no nosotros para el cuerpo; el cuerpo es nuestro para usarlo, no somos nosotros de él para que nos use. El cuerpo es un instrumento que debe ser refinado, mejorado, educado, modelado de tal modo y hecho de tales constituyentes, que sea en el plano físico el medio más adecuado para los fines superiores del hombre. Todo lo que conduzca a este propósito debe practicarse y fomentarse; todo lo que sea contrario a él, debe eludirse. No importan las propensiones que el cuerpo pueda tener ni las costumbres que haya contraído en el pasado; el cuerpo es nuestro, es nuestro servidor para emplearlo como queramos; desde el momento en que tome la dirección y pretenda guiar al hombre en lugar de ser guiado, todo el objeto de la vida queda invertido, y toda clase de progreso se hace absolutamente imposible. Este es el punto de donde tiene que partir toda persona que tenga un verdadero interés por la Teosofía. La naturaleza misma del cuerpo físico hace que se le pueda convertir fácilmente en servidor e instrumento. Tiene ciertas particularidades que nos ayudan a educarlo, y que le hacen relativamente fácil de dirigir y formar; una de ellas es que una vez acostumbrado a obrar de cierto modo, sigue voluntariamente por la misma senda, encontrándose tan feliz en ella, como cuando seguía una línea de conducta distinta. Si se ha adquirido una mala costumbre, el cuerpo se resistirá de un modo notable a cambiarla; pero si se le obliga a ello, si se vence el obstáculo que pone y se le fuerza a obrar con arreglo a la voluntad, entonces, al poco tiempo, el cuerpo, por acuerdo propio, repetirá la nueva costumbre que el hombre le ha impuesto, y seguirá el nuevo método con tanta satisfacción como lo hacía con el anterior.

Ocupémonos ahora en la consideración del cuerpo denso, que podemos llamar la parte visible del cuerpo físico, aún cuando los constituyentes gaseosos no sean asequibles a la visión física inexperta. Esta es la envoltura exterior del hombre, su manifestación inferior, la expresión más limitada e imperfecta de sí

mismo.

## EL CUERPO DENSO

Tenemos que detenernos bastante a considerar la constitución del cuerpo, para poder comprender el modo como debemos considerarlo, purificarlo y educarlo; tenemos que observar una serie de actividades, cuya mayor parte se hallan fuera del dominio de la voluntad, y luego aquellas que pueden dominarse. Ambas clases de actividades obran por medio de sistemas nerviosos diferentes. Por uno de ellos se ejercitan todas las actividades del cuerpo que sostienen la vida ordinaria, por cuyo medio se contraen los pulmones, late el corazón y son dirigidos los movimientos del sistema nervioso. Este se compone de los nervios involuntarios, llamados comúnmente el "sistema simpático". En un tiempo, durante el largo pasado de la evolución física, en la que se formaron nuestros cuerpos, de sistema estaba bajo el gobierno del animal que lo poseía, pero gradualmente principió a funcionar automáticamente; se separó del dominio de la voluntad, adquirió una vida propia, casi independiente, y ejercitó por sí todas las actividades vitales que constituyen la normalidad. Mientras una persona se halla en estado de salud, no nota estas actividades; siente que res pita cuando la respiración está oprimida o detenida, siente que su corazón late cuando el latido es violento e irregular; pero cuando todo está bien, la marcha del sistema pasa inadvertida. Sin embargo, es posible poner el sistema simpático nervioso bajo el dominio de la voluntad, por medio de una práctica larga y muy penosa; y una clase de Yogis en la India, llamada Hatha Yogi, desarrollan este poder en un grado extraordinario, con objeto de estimular las facultades síquicas inferiores. Es posible desarrollar éstas (sin tener para nada en cuenta el desarrollo espiritual, moral e intelectual), por medio de la acción directa sobre el cuerpo físico. El Hatha Yogi aprende a dominar el aliento, hasta el punto de suspenderlo por un período considerable de tiempo; a dominar los latidos del corazón; apresurando o retardando la circulación a voluntad; y por estos medios pone el cuerpo físico en estado de *trance,* y en libertad el cuerpo astral. Este método no debe imitarse, pero es instructivo para las naciones occidentales (que consideran al cuerpo con una naturaleza tan imperativa) el saber cuán por completo puede un hombre dominar este proceso físico normalmente automático, y el hacerse cargo de que miles de hombres se imponen una disciplina larga y en extremo dolorosa para libertarse de la cárcel del cuerpo físico, y conocer que viven cuando se halla suspendida la animación del cuerpo. Por lo menos son gente decidida, y no son ya los meros esclavos de los sentidos.

Prosiguiendo nuestro estudio, tenemos el sistema nervioso voluntario, mucho más importante para nuestro objeto mental. Este gran sistema es el instrumento 'del pensamiento, y por medio de él sentimos y nos movemos en el plano físico. Lo forman el eje cerebroespinal -el cerebro y la espina dorsal- y los filamentos nerviosos que parten de él para todo el cuerpo, o sea los nervios motores y de sensación: los nervios por medio de los cuales sentimos, que corren de la periferia al eje, y los nervios por los cuales nos movemos, que se dirigen del eje a la periferia. De todo el cuerpo parten los hilos nerviosos, asociándose unos con otros formando haces que se juntan a la médula espinal; constituyen su substancia fibrosa externa. Pasando al cerebro se esparcen y ramifican en el que es el centro de toda sensación y de todo movimiento

voluntario. Este es el sistema por medio del cual expresa el hombre su voluntad y su conciencia, y de él puede decirse que tiene su asiento en el cerebro. El hombre no puede hacer nada en el plano físico, sino por medio del cerebro y del sistema nervioso; si éstos están desarreglados, no Podrá expresarse de un modo ordenado. Este es el hecho sobre el cual el materialismo ha fundado su afirmación de que el pensamiento y la acción cerebral varían juntos. Considerando tan sólo el plano físico como lo hacen los materialistas, ciertamente que varían a la vez; es necesario acudir al plano astral, para demostrar que el pensamiento no es resultado de la acción nerviosa. Si el cerebro está afectado por alguna droga, por enfermedad o por un golpe, el pensamiento del hombre a quien pertenece el cerebro no encuentra su debida expresión en el plano físico. Los materialistas indican también que si se tienen ciertas enfermedades, el pensamiento será afectado especialmente. Hay una enfermedad rara, la afasia, que destruye una parte especial del tejido cerebral cerca del oído, y va acompañada de la falta total de memoria en lo que concierne a las palabras; si se dirige una pregunta a una persona que la padezca, no puede contestar; si se le pregunta su nombre, no responderá; pero si se pronuncia su nombre, dará señales de reconocerlo; si se le lee alguna cosa, mostrará asentimiento o disentimiento; puede pensar, pero no hablar. Parece como si la parte del cerebro que ha sido afectada estuviese en relación con la memoria física de las palabras; de modo que con la pérdida de aquella parte, pierde el hombre en el plano físico la memoria de las palabras y se vuelve mudo, al paso que retiene la facultad de pensar y puede mostrar su acuerdo o desacuerdo con cualquiera proposición que se le haga. El argumento materialista viene a tierra cuando el hombre se liberta de su imperfecto instrumento; entonces puede manifestar sus facultades, aunque vuelve a quedar mudo cuando de nuevo se ve reducido a la expresión física. La importancia de este punto no consiste en la validez o nulidad de la posición materialista, sino en el hecho de que el hombre tiene limitada su expresión en el plano físico por la aptitud de su instrumento físico, y que éste es sensible a las influencias de los agentes físicos; si éstos pueden perjudicarle, pueden igualmente beneficiario; consideración que, como veremos, es de importancia vital para nosotros.

Estos sistemas nerviosos, como todas las partes del cerebro, están construidos de células, cuerpos pequeños definidos, con paredes que encierran un contenido, visibles con el microscopio y modificadas con arreglo a sus diversas funciones; las células están a su vez construidas de pequeñas moléculas,'y éstas de átomos: los átomos de la química; cada uno de los cuales es, según ésta, la partícula última e indivisible de un cuerpo simple. Estos átomos químicos se combinan de innumerables modos para formar los gases, los líquidos y los sólidos del cuerpo denso. Cada átomo es para el teósofo una cosa viviente, capaz de tener vida independiente; y toda combinación de átomos en un ser complejo, es también algo viviente. Así, pues, toda célula tiene su vida propia; y estos átomos, moléculas y células, combinados juntamente, forman un todo orgánico, un cuerpo que sirve de vehículo a una forma de conciencia más elevada que la que ellos alcanzan separadamente. Ahora bien: las partículas de que se componen estos cuerpos están en continuo movimiento; y como son agregaciones muy diminutas de átomos químicos, no pueden percibirse por la simple visión, aun cuando muchas de ellas se ven por medio del microscopio. Si se pone un poco de sangre bajo el microscopio, vemos

moverse en ella un número de cuerpos vivos, corpúsculos blancos y rojos, siendo los blancos muy semejantes en estructura y actividad al amoeba ordinario; en relación con muchas enfermedades se encuentran microbios, bacilos de varias clases, y los hombres científicos nos dicen que tenemos en nuestros cuerpos microbios amigos y enemigos: unos que nos perjudican y otros que devoran a los intrusos deletéreos y a la materia inútil. Algunos microbios que nos vienen de afuera, hacen estragos en nuestros cuerpos con las enfermedades; otros promueven la salud, y de este modo estas vestiduras nuestras están constantemente cambiando sus materiales, que se allegan y duran por cierto tiempo, y luego se marchan a formar parte de otros cuerpos; un cambio y combinación constantes.

Ahora bien; la gran mayoría de la Humanidad, poco o nada sabe de estos hechos, y sin embargo, de ellos depende la posibilidad de la purificación del cuerpo denso, convirtiéndolo en un vehículo más propio para habitación del hombre. La persona vulgar deja que su cuerpo se forme de cualquier modo con los materiales de que se surte, sin considerar su naturaleza, sin cuidarse de otra cosa sino de que le gusten y de que sean conformes a sus deseos, y para nada tiene en cuenta que sean o no a propósito para la construcción de una morada pura y noble para el Yo, el hombre verdadero, que siempre sobrevive. Esto no ejerce intervención alguna en estas partículas a medida que van y vienen; no las escoge ni rechaza, sino que deja que todo se construya en él, según aquéllas quieran, como el albañil negligente que aprovecha cualquier material de desperdicio para construir su casa: madera podrida, cieno, virutas, arena, clavos oxidados y todo género de inmundicias. Así, el hombre vulgar, es para su cuerpo el más abandonado constructor. La purificación del cuerpo grosero consiste, pues, en un procedimiento de selección deliberada de las partículas que le componen; el hombre debe ingerir como alimento los constituyentes más puros que pueda obtener, rechazando lo impuro y lo grosero. Sabiendo que las partículas de que se ha formado en los días de vida descuidada, desaparecerán gradualmente con el cambio natural, a lo menos dentro de siete años, si bien es dado apresurar este proceso considerablemente, debe resolver que no entren más en su construcción partículas impuras; a medida que aumenta los constituyentes puros, organiza un ejército de defensores que destruyen las partículas inmundas que penetren sin su consentimiento; y con una voluntad activa de que su cuerpo permanezca puro, actúa magnéticamente, y rechaza sin cesar de su proximidad todo ser grosero que trate de penetrar en él, formando así una barrera contra las invasiones a que está expuesto, en una atmósfera impregnada de toda clase de impurezas.

Cuando un hombre se resuelve de este modo a purificar su cuerpo y convertirlo en un instrumento adecuado a la obra del Yo, da el primer paso hacia la práctica del Yoguismo; paso que tiene que dar en esta o en otra vida, antes de formular seriamente la pregunta: "¿Cómo he de aprender a comprobar por mí mismo las verdades de la Teosofía?" Toda comprobación de hechos suprasensibles depende del completo dominio del cuerpo físico; esta comprobación tiene que hacerse, pero es imposible mientras el hombre se halle fuertemente encadenado en la prisión del cuerpo, o mientras el cuerpo sea impuro. Aún cuando posea, procedentes de otras vidas más disciplinadas, facultades psíquicas parcialmente desarrolladas, que se muestren a pesar de las circunstancias desfavorables del presente, el empleo de ellas será defectuoso, cuando dependen del cuerpo físico y éste sea impuro, porque entorpecerá y

desnaturalizará el ejercicio de las facultades que funcionen por su medio, y las afirmaciones de éstas no serán dignas de crédito.

Supongamos que un hombre determina deliberadamente tener un cuerpo puro, o bien se aprovecha de que su cuerpo cambia completamente en siete años, o bien prefiere el camino más corto y difícil de cambiarlo más rápidamente: en ambos casos comenzará inmediatamente a elegir los materiales que han de constituir el nuevo cuerpo; la cuestión de la alimentación se presentará la primera. Principiará por excluir toda clase de alimento que pueda formar en su cuerpo, partículas impuras y corrompidas. Desechará el alcohol y toda bebida que lo contenga, porque contiene microbios de la clase más inmunda, producto de la descomposición, los cuales no sólo son repugnantes en sí mismos, sino que atraen a sí, y por tanto al cuerpo de que forman parte, algunos de los habitantes más inconvenientes del mundo próximo, físicamente invisibles. Los beodos, después de muertos, no pudiendo satisfacer sus odiosos deseos, rondan en las cercanías de los sitios donde se expenden bebidas alcohólicas y rodean a los bebedores, tratando de introducirse en sus cuerpos, para participar de este modo del grosero placer a que se entregan. Las mujeres delicadas rechazarían el vino, si pudiesen ver los seres inmundos que procuran participar de este placer, y la estrecha relación que así establecen con entidades de la clase más asquerosa. Elementales perversos pululan también alrededor: pensamientos de borrachos revestidos de esencia elemental. Al mismo tiempo el cuerpo físico atrae de la atmósfera que le envuelve partículas groseras emitidas por los borrachos y otros hombres viciosos, las cuales pasan a formar parte de su constitución, haciéndole más grosero y degradado. Si observamos a las gentes que están constantemente ocupadas en trabajos en que entra el alcohol, como la fabricación y distribución de bebidas espirituosas, vinos, cervezas y otras clases de licores impuros, veremos que sus cuerpos se han hecho groseros y bastos. Los cerveceros, los taberneros y las personas de todas clases sociales que beben con exceso, muestran ostensiblemente lo que parcial y lentamente hacen los que forman en su cuerpo las partículas referidas; mientras mayor es la cantidad que se forma de ellas, más basto se hace el cuerpo. Lo mismo sucede con los alimentos impropios del consumo humano. La carne de los mamíferos, de las aves, reptiles y peces, así como la de los crustáceos y moluscos que se alimentan de cadáveres, son alimentos y manchados de sangre, impropios de labios arios. ¿Cómo han de ser refinados los cuerpos construidos con tales materiales? ¿Cómo han de ser sensitivos, equilibrados y perfectamente saludables, con el vigor y la delicadeza del acero templado, tal como se requiere para toda clase de obras elevadas? Los que construyen sus cuerpos con estos materiales corrompidos, atraen también elementales sumamente inmundos, como los que ven los síquicos en las carnicerías, chupando con sus hocicos redondos y rojizos los charcos de sangre a medio tapar con el aserrín. ¿Será preciso que añadamos lo que puede aprenderse de la observación de los que viven en este medio ambiente? Ved a los matarifes y carniceros, y juzgad si sus cuerpos tienen aspecto de instrumentos adecuados para pensamientos sublimes y temas espirituales. Sin embargo, son el producto acabado de las fuerzas que obran proporcionalmente en todos los cuerpos que se alimentan de las viandas impuras que ellos suministran. Ciertamente, ninguna clase de cuidado que se tengan con el cuerpo físico, dará por sí solo al hombre vida espiritual; pero ¿por qué se ha de aumentar la dificultad con un cuerpo impuro? ¿Por qué hemos de consentir que nuestros poderes, grandes o pequeños, se vean

estorbados, empequeñecidos y estropeados en sus tentativas de manifestación por mediar un instrumento que es imperfecto sin necesidad?

## EL DOBLE ETÉREO

La ciencia física moderna afirma que todo cambio corporal, ya sea en los músculos, en las células o en los nervios, está acompañado por una acción eléctrica, y esto es probablemente la verdad hasta en los cambios químicos que constantemente tienen lugar. De esto se tiene amplio testimonio obtenido por cuidadosas observaciones con los galvanómetros más delicados. Dondequiera que concurra la acción eléctrica, el éter tiene que estar presente, de modo que la presencia de la corriente implica la del éter, que compenetra a todo y a todo envuelve; ninguna partícula de materia física se halla en contacto con otra, sino que cada una flota en una atmósfera de éter. Los hombres científicos occidentales aseguran, como hipótesis necesaria, lo que el discípulo práctico en la ciencia oriental afirma como una observación que puede probarse, pues el éter es de hecho tan visible como una silla o una mesa, sólo que se necesita para percibirlo una vista diferente de la física. Como ya se ha dicho, existe en cuatro estados distintos, el más sutil de los cuales constituye los átomos físicos últimos -no el llamado átomo químico que es un cuerpo compuesto-; últimos, porque cuando se les desintegra producen materia astral[1].

El doble etéreo está compuesto de estos cuatro éteres que compenetran los constituyentes sólido, líquido y gaseoso del cuerpo denso, encerrando a cada partícula en una envoltura etérea, y presentando de este modo un duplicado perfecto de la forma más densa. Este doble etéreo es perfectamente visible a la vista ejercitada, siendo su color de un violado gris, grosero o delicado en' su textura, según el cuerpo denso sea grosero o fino. Los cuatro éteres entran en él del mismo modo que los sólidos, líquidos y gases entran en la composición del cuerpo denso, y pueden estar en combinaciones más o menos groseras o finas, como sucede con los constituyentes más densos; es importante observar que el cuerpo denso y su doble etéreo varían juntos en su calidad, de modo que a medida que el aspirante refina deliberada y conscientemente su cuerpo denso, el doble etéreo sigue el mismo curso sin que aquél tenga conciencia de ello y sin necesidad de nuevos esfuerzos[2].

Por medio del doble etéreo circula la vitalidad Prana a lo largo de los nervios del cuerpo, los cuales pueden así actuar como los transmisores de la fuerza motriz y de la sensibilidad a las masas externas. Los poderes del pensamiento, del movimiento y del sentimiento, no residen en la substancia

---

(1) Véase la obra *Química oculta*.

(2) Mirando los cuerpos inferiores del hombre con la vista astral, se ven el doble etéreo (Linga Sharira) y el cuerpo astral (cuerpo kámico), compenetrándose mutuamente, así como ambos compenetran el físico denso, lo cual ha dado margen a alguna confusión usándose indistintamente los nombres de Linga Sharira y cuerpo astral, al paso que este último se ha aplicado también al cuerpo kámico o de deseos. Esta terminología indefinida ha ocasionado mucha perturbación, pues las funciones del cuerpo kámico, llamado el cuerpo astral, se han tomado a menudo como las funciones del doble etéreo, dominando también el cuerpo astral, y el estudiante que no puede ver por si mismo, ha sido ... metido en un embrollo desesperante de contradicciones aparentes. Observaciones cuidadosas sobre la formación de estos dos cuerpos nos permiten ahora afirmar de un modo definitivo, que el cuerpo etéreo está compuesto solamente de los éteres físicos, y no puede, si es repelido, dejar el plano físico o ir muy lejos de su copia densa; además está construido con arreglo al molde suministrado por los señores del Karma, y el Ego no lo trae consigo, sino que es esperado por él juntamente con el cuerpo astral y

kámico, el cuerpo de deseos se compone solamente de materia astral, puede pasar al plano astral una vez libre del cuerpo físico, y es el vehículo propio del Ego en aquel plano; es traído por el Ego cuando viene a la encarnación. En estas circunstancias es mejor llamar al primero el doble etéreo, y al segundo el cuerpo astral, para así evitar confusiones.

nerviosa física o etérea: son actividades del Ego obrando en sus cuerpos internos, y su expresión en el plano físico se hace posible por el aliento de vida al correr a lo largo de los hilos nerviosos y alrededor de las células nerviosas; pues Prana, el aliento de vida, es la energía activa del yo, como Shri Shankaracharya nos ha enseñado. La función del doble etéreo es servir de medio físico a esta energía, y de aquí que se le mencione generalmente en nuestra literatura como el "vehículo de Prana".

Creemos muy útil observar que el doble etéreo es particularmente sensible a los constituyentes volátiles del alcohol.

## FENÓMENOS RELACIONADOS CON EL CUERPO FÍSICO

Cuando una persona "se va a dormir", el Ego se desliza fuera del cuerpo físico y lo deja en su sueño a fin de que se reponga para el trabajo del día siguiente. El cuerpo denso y su doble etéreo, son así abandonados a sus propios impulsos y al efecto de las influencias que atraen a sí por su constitución y costumbres. Corrientes de formas de pensamientos del mundo astral de una naturaleza similar a las formas de pensamiento creadas o albergadas por el Ego en su vida diaria, corren a través de los cerebros denso y etéreo, y mezclándose con la repetición automática de las vibraciones puestas en acción en el estado de vigilia por el Ego, ocasionan los sueños interrumpidos y caóticos conocidos de la mayoría de las gentes. Estas imágenes sin hilación son instructivas, porque demuestran el funcionamiento del cuerpo físico cuando se halla abandonado a sí mismo; sólo puede reproducir los fragmentos de pasadas vibraciones, sin orden racional o coherencia, ajustándolos unos a otros a medida que se presentan, por más grotescamente incongruentes que sean, insensible a lo absurdo y a lo irracional, contento de una fantasmagoría de formas y colores calidoscópicas, que ni siquiera tienen la regularidad dada por los espejos de aquella clase. Mirados de este modo los cerebros denso y etéreo, se ve fácilmente que son los instrumentos del pensamiento, no los cuadros del 'mismo, pues ya vemos cuán difusas son sus creaciones cuando están abandonados a sí mismos.

Durante el sueño, el Ego pensante se desliza fuera de estos dos cuerpos, o más bien de este cuerpo de dos partes, visible e invisible, que deja puntos: a la muerte sale de ellos por última vez, pero con la diferencia de que retira con él el doble etéreo, separándolo de su copia densa, y haciendo así imposible que continúe el funcionamiento del aliento de vida en este último, cómo un todo orgánico. El Ego se desprende luego prontamente del doble etéreo, que como hemos visto no puede pasar al plano astral, dejándolo que se desintegre con su compañero de vida. Algunas veces se aparece inmediatamente después de la muerte, a algún amigo que se halla a no mucha distancia del cadáver, pero naturalmente manifiesta muy poca conciencia, y no habla ni hace otra cosa más que "manifestarse". Como es físico; es relativamente fácil verlo; y una ligera tensión del sistema nervioso puede hacer la vista bastante penetrante para distinguirlo. Es igualmente la causa de muchas "apariciones" en los

cementerios, pues flota sobre las tumbas en que yace su doble físico, pudiéndosele ver con más facilidad que al cuerpo astral, por las razones que ya se han dicho. Así, pues, "ni aún la muerte los separa" más que el espacio de unos cuantos pies.

Para el hombre normal, esta separación sólo tiene lugar en la muerte; pero alguna gente anormal de la clase llamada médiums, se halla sujeta a una división parcial del cuerpo físico durante la vida terrestre, anormalidad que es por fortuna relativamente rara, y que ocasiona muchos desórdenes nerviosos. Cuando se proyecta el doble etéreo, éste se divide en dos: la totalidad del mismo no puede separarse del cuerpo denso sin causar la muerte de este último, pues las corrientes del aliento de vida necesitan su presencia para circular. Aún su separación parcial pone al cuerpo denso en un estado de letargo, suspendiéndose casi la actividad vital; una debilidad extremada es el resultado inmediato de la separación de las dos partes, y el estado del médium, hasta que se restablezca la unión. normal, es en extremo peligroso. La mayor parte de los fenómenos que tiene lugar a presencia de los médiums, no están relacionados con esta proyección del doble etéreo; pero algunos que se han distinguido por el carácter notable de la materialización que han contribuido a producir, presentan esta particularidad a la observación. Se me ha dicho que Mr. Eglinton exhibía esta curiosa separación física hasta un punto muy singular, y que su doble etéreo podía verse saliendo de su costado izquierdo, mientras que su cuerpo denso se encogía de un modo perceptible; y el mismo fenómeno ha sido observado con Mr. Husk, cuyo cuerpo denso se reducía de modo que sus vestidos le quedaban muy holgados. El cuerpo de Mr. Eglinton disminuyó una vez de tamaño hasta tal punto, que una forma materializada lo cogió y presentó a la inspección de los asistentes, siendo éste uno de los pocos casos en que, tanto el médium como la forma materializada han sido visibles juntos con luz suficiente para su examen.

Esta reducción del cuerpo del médium parece implicar la salida del mismo de una parte de la materia más densa "ponderable" -muy probablemente una parte de los constituyentes líquidos-; pero no ha llegado a mí noticia que se haya hecho observación alguna en este punto, y por lo tanto es imposible hablar con certeza. Lo que es seguro, es que esta proyección parcial del doble etéreo ocasiona muchos desórdenes nerviosos y que no debe practicarse por ninguna persona de buen sentido, si por desgracia tuviese disposición para el caso.

Hemos estudiado ya el cuerpo físico en sus partes densa y etérea: la vestidura que el Ego tiene que llevar para su obra en el plano físico, la morada que puede ser oficina conveniente para ejecutar el trabajo físico, o prisión de la que sólo la muerte puede libertarle. Ya hemos visto lo que debemos tener, y lo que gradualmente podemos hacer: un cuerpo perfectamente saludable y fuerte, y a la vez delicadamente organizado, refinado y sensible. Debe ser saludable -en Oriente la salud se exige como condición para ser discípulo porque todo lo que no es saludable en el cuerpo, es un obstáculo para que sirva como instrumento del Ego, y puede desnaturalizar así las impresiones que se dirigen al interior, como los impulsos que se emiten hacia fuera. Las facultades del Ego se entorpecen si su instrumento se halla gastado o desordenado por la mala salud. La salud, pues, delicadamente constituida, refinada, sensible, que rechace automáticamente todas las influencias perniciosas, y que del mismo atraiga las buenas, es la condición del cuerpo que debemos construir, escogiendo entre todas las cosas que nos rodean, aquellas que tiendan a este fin, sabiendo que la

tarea no puede llevarse a cabo sino de un modo gradual, pero trabajando constante y firmemente al objeto propuesto. Sabemos cuando empezamos a obtener resultado, por muy limitado que éste sea, porque observamos que empiezan a manifestarse en nosotros toda clase de poderes de percepción que antes no poseíamos. Veremos que nos hacemos más sensibles a los sonidos y a las percepciones, a armonías más completas, más suaves y más ricas, a matices más delicados y más preciosos. De igual modo que el pintor educa su vista para ver delicadezas de colorido, para las cuales están ciegos los ojos ordinarios; y así como el músico educa su oído para percibir notas imperceptibles al oído ordinario, así también podemos educar nuestros cuerpos para hacer que perciban las vibraciones más sutiles de la vida que se pierden para la generalidad de los hombres. Ciertamente, muchas son las sensaciones desagradables que se presentarán, pues el mundo en que vivimos ha sido hecho basto y grosero por la Humanidad que en él mora; pero por otra parte se nos revelarán bellezas que nos compensen cien veces de las dificultades a que hacemos frente y que vencemos. Y debemos hacer esto no con fines egoístas de vanidad o de goce, sino para dedicarnos a ser más útiles, para tener una fuerza mayor al Servicio de la Humanidad. Nuestros cuerpos serán instrumentos más capaces para ayudar el progreso de los demás, y por tanto, más a propósito para cooperar a la grande obra de la evolución humana, cuya obra es la de los grandes Maestros, en la cual podremos obtener el privilegio de ser partícipes.

Aunque en esta parte de nuestro estudio no hemos salido del plano físico, vemos que no carece de importancia, y que el vehículo inferior de la conciencia merece nuestra atención, la cual nos será recompensada. Estas ciudades nuestras, estos países nuestros serán más limpios, más placenteros, mejores, cuando estos conocimientos sean patrimonio general, y aceptados no sólo como probables intelectualmente, sino como una ley de la vida diaria.

## CAPÍTULO II

# EL CUERPO ASTRAL

### EL CUERPO ASTRAL

Hemos estudiado el cuerpo físico del hombre en sus partes invisible y visible, y comprendemos ya cómo el hombre, en su conciencia en estado de "vigilia", viviendo en el mundo físico, sólo puede demostrar aquella parte de sus conocimientos y poderes que le es posible expresar, por conducto del cuerpo físico. Conforme sea la perfección e imperfección de su desarrollo, así será la perfección o imperfección de su expresión en el plano físico; le limita mientras funciona en el mundo inferior, formando un verdadero círculo infranqueable a su alrededor. Lo que no puede pasar por él, no puede manifestarse en la tierra, y de aquí su importancia para el hombre que evoluciona. Del mismo modo, cuando el hombre funciona sin su cuerpo físico en otra región del Universo, el plano astral o mundo astral, sólo puede expresar en él la parte de sus conocimientos y facultades, aquella parte de sí mismo, en una palabra, que su cuerpo astral le permita manifestar. Es a la vez su vehículo y su limitación. El hombre es más que sus cuerpos; tiene en sí mucho que no puede manifestar ni el plano físico ni en el astral; pero todo lo que puede expresar puede considerarse como el hombre mismo en aquella región determinada del Universo. Lo que puede mostrar aquí abajo, está limitado por el cuerpo físico, y lo que puede mostrar en el mundo astral, está limitado por el cuerpo astral; y así veremos, a medida que nos elevemos en nuestro estudio a mundos superiores, que el hombre puede manifestar más y más de sí mismo, a medida que se desarrolla en su evolución y que perfecciona vehículos de conciencia más y más elevados.

Conviene recordar al lector, toda vez que vamos a entrar en terreno compartivamente virgen y desconocido para la mayoría, que no pretendemos, en modo alguno, expresar conocimientos infalibles a un poder perfecto de observación. Pueden cometerse errores de observación y deducción en los planos superiores al físico lo mismo que en éste, y tal posibilidad no debe olvidarse. A medida que aumenta el conocimiento y se prolonga la práctica, mayor exactitud se alcanza, y los errores cesarán gradualmente. Pero como quien esto escribe es sólo un estudiante, puede cometer algunas equivocaciones de poca monta que necesiten rectificación más adelante. Pueden los errores deslizarse en los detalles, pero no tocarán los principios generales ni viciarán las principales conclusiones.

El primer término, debe entenderse bien lo que significan las palabras plano astral o mundo astral. El mundo astral es una región definida de universo que rodea y penetra el mundo físico, pero que es imperceptible a la observación ordinaria, por estar constituido por una clase distinta de materia. Si se toma un átomo físico de fa última clase y se descompone, se desvanece en lo que concierne el mundo físico; pero se ve que está compuesto de numerosas partículas de la materia astral más grosera: la materia sólida del mundo astral[3].

(3) La palabra "astral", estrellado, no es muy afortunada, pero se ha usado durante tantos siglos para expresar materia suprafísica, y sería difícil reemplazarla ahora. Probablemente fue escogida por los observadores en un principio, a consecuencia de la apariencia luminosa de la materia astral en comparación de la física.

Hemos visto siete estados de materia física: sólido, líquido, gaseoso y cuatro etéreos, bajo los cuales se hallan clasificadas las innumerables combinaciones que constituyen el mundo físico. Del mismo modo tenemos siete estados subalternos de materia astral que comprenden los físicos, y bajo ellos pueden clasificarse las innumerables combinaciones que igualmente constituyen el mundo astral. Todos los átomos físicos tiene su envoltura astral, formando así la materia astral, lo que pudiera llamarse la matriz de la física, estando ésta embebida en la astral. La materia astral sirve de vehículo a Jiva, la Vida Una que todo lo anima, y por conducto de la materia astral, las corrientes de Jiva rodean, sostienen y alimentan cada partícula de materia física, dando lugar estas corrientes de Jiva, no sólo a lo que generalmente se llama fuerzas vitales, sino también a todas las energías eléctricas, magnéticas, químicas y otras, y a la atracción, cohesión, repulsión y semejantes, todas las cuales son diferenciaciones de la Vida Una, en la que los universos nadan ,como los peces en el mar. Del plano astral, que así compenetra al físico, Jiva pasa al éter de este último, el cual se convierte así en el vehículo de todas estas fuerzas, respecto a los estados inferiores de la materia física, en donde observamos sus funciones. Si imaginásemos al mundo físico desapareciendo de la existencia sin que tenga lugar ningún otro cambio, tendríamos todavía una copia perfecta del mismo en la materia astral; y si pensamos además que todos estamos dotados de facultades astrales activas, el hombre permanecería en un principio inconsciente de la diferencia en lo que le rodease; la gente que "muere" y que despierta en la región inferior del mundo astral, se encuentra a menudo en ese estado, y se cree que continúa viviendo en el mundo físico. Como la mayoría de entre nosotros no ha desarrollado aún la visión astral, es necesario insistir en esta realidad relativa del plano astral, como parte del universo fenomenal, y verlo con los ojos mentales, ya que no con los astrales. Es tan real como el físico, y de hecho, estando menos alejado de la Realidad Una, es más real aún; sus fenómenos se hallan a la vista de la observación competente, lo mismo que los del plano físico. Del mismo modo que un ciego no puede ver los objetos físicos, y que muchas cosas no pueden observarse sin la ayuda de instrumentos, como el microscopio, el espectroscopio, etc., asimismo sucede en el plano astral. La gente ciega astral no puede ver los objetos astrales, y muchas cosas se escapan a la visión astral ordinaria o clarividencia. Pero en el presente estado de evolución, muchas gentes pueden desarrollar los sentidos astrales, y los están desarrollando, hasta cierto punto. Estas personas están indudablemente sujetas a cometer muchos errores, como sucede con los niños cuando principian a hacer uso de los sentidos físicos; pero estos errores son corregidos por una experiencia mayor, y después de cierto tiempo pueden oír y ver con tanta exactitud como en el plano físico. No es conveniente forzar este desarrollo por medios artificiales, pues hasta que no se ha adquirido cierta fuerza espiritual deben contentarse con el mundo físico; pues el comenzar a ver y oír en el mundo astral, puede causar desórdenes y hasta no poca alarma. Pero se aproxima el tiempo en que ha de alcanzarse este estado, en que la realidad relativa de la parte astral del mundo invisible se haga patente a la ciencia que despierta.

Para esto es necesario, no sólo tener un cuerpo astral, como todos tenemos, sino tenerlo completamente organizado y en estado de obrar, estando la conciencia acostumbrada a actuar en él, y no tan sólo a obrar por su medio en el cuerpo físico. Todo el mundo está constantemente obrando por medio del cuerpo astral, pero son relativamente pocos los que obran en él separados del cuerpo físico. Sin la acción general por medio del cuerpo astral, no habría relación entre el mundo externo y la mente del hombre; no habría conexión entre las impresiones recibidas por los sentidos físicos y su percepción por la mente. La impresión se convierte en una sensación en el cuerpo astral, y entonces es percibida por la mente. El cuerpo astral en el cual residen los centros de sensación, es llamado generalmente el hombre astral, como si al cuerpo físico lo llamáramos el hombre físico; pero por supuesto sólo es un vehículo, una funda, como lo llamarían los vedantinos, en la que el hombre funciona, y por cuyo medio alcanza y es alcanzado por el cuerpo físico, el vehículo más grosero.

El cuerpo astral está formado de los siete estados de la materia astral, y puede contener materiales más groseros o más finos sacados de cada uno de aquellos estados. Es fácil describir a un hombre en un cuerpo astral bien formado; podemos imaginario abandonando el cuerpo físico y apareciendo en uno más sutil, una copia luminosa de aquél, visible en su propia semejanza para el clarividente, bien que invisible a la vista ordinaria. He dicho "un cuerpo astral bien formado", porque una persona no desarrollada presenta en su cuerpo astral una apariencia incipiente. Sus contornos son indefinidos, sus materiales son toscos y mal coordinados, y si se le saca del cuerpo es una mera nube flotando e informe, que desde luego se comprende que es impropia para obrar como vehículo independiente, es indudablemente más bien un fragmento de materia astral que un cuerpo astral organizado, una masa de protoplasma astral, de tipo ameboideo. Un cuerpo astral bien formado, significa que el hombre ha alcanzado un nivel verdaderamente elevado de cultura intelectual o desarrollo espiritual, de modo que la apariencia del cuerpo astral implica el progreso realizado por su dueño, por lo definido de los contornos, por la luminosidad de sus componentes y por lo perfecto de su organización; puede juzgarse del estado de evolución alcanzado por el Ego que lo usa.

Respecto del modo de mejorarlo, asunto que a todos interesa, debe tenerse presente que el progreso del cuerpo astral depende por una parte de la purificación del cuerpo físico, y por otra de la purificación y desarrollo de la mente. El cuerpo astral es particularmente sensible a las impresiones del pensamiento, pues la materia astral responde más rápidamente que la física a todos los impulsos del mundo mental. Por ejemplo, si observamos el mundo astral, lo vemos lleno de formas que cambian constantemente; allí percibimos las "formas de pensamiento", formas compuestas de esencia elemental animadas por un pensamiento, y vemos también grandes masas de esta esencia elemental de la cual surgen constantemente formas, dentro de la cual vuelven a desaparecer; observando con cuidado podremos ver cómo las corrientes de pensamiento penetran en esta materia astral, cómo los pensamientos potentes se revisten de ella y persisten como entidades durante mucho tiempo, mientras que los pensamientos débiles se revisten fugazmente y se desvanecen luego, de modo que en todo mundo astral los cambios se suceden incesantemente bajo los impulsos del pensamiento. El cuerpo astral del hombre estando hecho de materia astral participa de esta facilidad para responder a los impulsos del

pensamiento y responde en vibraciones a todos los pensamientos que le tocan, ya vengan de afuera de las mentes de otros hombres, o de adentro de la mente de su dueño.

Estudiaremos este cuerpo astral bajo estos impulsos internos y externos. Vemos que compenetra el cuerpo físico o que se extiende a su alrededor en todas direcciones, como una nube de colores. Los colores varían según la naturaleza del hombre, con su naturaleza interior, animal y pasional, llamándose la parte fuera del cuerpo físico el aura kámica, como perteneciente al cuerpo de kama o de deseos, llamado comúnmente el cuerpo astral del hombre[4]. Pues el cuerpo astral es el vehículo de la conciencia kámica del hombre, el asiento de todas las pasiones y deseos animales, el centro de los sentidos, como ya se ha dicho, en donde todas las sensaciones se originan. Cambia continuamente de color a medida que vibra bajo los impulsos del pensamiento; si un hombre se irrita, aparecen resplandores rojos; si siente amor, muéstranse rosa-encarnados. Si los pensamientos del hombre son elevados y nobles, exigen una materia astral más sutil para responder a ellos, y esto se puede percibir en el cuerpo astral por la carencia en él de las partículas más densas y groseras de cada subplano, que se hallan reemplazadas por las clases más raras y delicadas. El cuerpo astral de un hombre cuyos pensamientos son inferiores y animales, es grosero, basto, denso y de color oscuro, generalmente tan denso que los contornos del cuerpo físico casi se pierden en él; al paso que el de un hombre desarrollado es refinado, brillante, luminoso y de color claro: una cosa verdaderamente hermosa. En estos casos las pasiones inferiores han sido dominadas, y la acción selectiva de la mente ha refinado la materia astral. Así, pues, al pensar noblemente, purificamos el cuerpo astral, aún sin trabajar conscientemente en pro de este objeto. Y téngase presente que este trabajo interno ejerce una influencia potente en los pensamientos que se atraen de afuera al cuerpo astral; un cuerpo cuyo dueño le hace responder habitualmente a pensamientos malos, actúa como un imán respecto de las formas de pensamientos similares próximas, mientras que un cuerpo astral puro actúa sobre esos pensamientos con una energía repelente, y atrae a sí formas de pensamiento compuestas de materia afín a la suya.

Como se ha dicho, el cuerpo astral está unido por un lado al físico, y es afectado por la pureza e impureza del mismo. Hemos visto que los sólidos, líquidos, gases y éteres de que está compuesto el cuerpo físico, pueden ser bastos o refinados, groseros o delicados. Su naturaleza afecta a su vez la naturaleza de las envolturas astrales correspondientes. Si somos descuidados e imprudentes con el físico, construimos en nuestro cuerpo denso partículas sólidas de clase impura, y atraemos la clase impura correspondiente que llamamos el astral sólido. Por otra parte, si construimos nuestros cuerpos densos con partículas sólidas de un tipo puro, atraeremos la clase más pura correspondiente de materia astral. A medida que llevamos a efecto la purificación del cuerpo físico, dándole alimentos y bebidas puras, excluyendo de nuestro régimen clases impuras de alimentos, tales como la sangre de los animales, el alcohol y otras cosas groseras y degradantes, no sólo mejoramos nuestro vehículo de conciencia físico, sino que también empezamos a purificar nuestro vehículo astral, tomando del mundo astral materiales más delicados y finos para su construcción. El efecto de esto no es sólo importante por lo que respecta a la

(4) Esta separación del "aura" del hombre, como si fuera algo diferente de él, es errónea, aun cuando muy natural desde el punto de vista de la observación. El "aura" es la nube que rodea el cuerpo, en

lenguaje ordinario; en realidad, el hombre vive en los diversos planos con la vestimenta que a cada uno de ellos corresponde, y todas estas envolturas o cuerpos se compenetran entre sí; el más pequeño e inferior es llamado el "cuerpo", y a las substancias mezcladas de las demás envolturas, se da el nombre de aura cuando se extienden fuera del cuerpo. El aura kámica, pues, es sólo aquella parte del cuerpo kámico que se extiende fuera del físico.

presente vida terrestre, sino que también tiene una influencia marcada, como veremos más adelante, en el estado post mortem próximo, en la estancia en el mundo astral y también en la clase del cuerpo que en la próxima vida tendremos en la tierra. Ni es esto todo: las peores clases de alimento atraen al cuerpo astral entidades perniciosas pertenecientes al mundo astral, sino también con lo que llamamos los elementales de esta región. Estas son entidades de tipo superior e inferior que existen en este plano creadas por los pensamientos de los hombres; y hay también en el mundo astral hombres perversos aprisionados en sus cuerpos astrales y conocidos por elementarios. Los elementales son atraídos hacia la gente cuyo cuerpo' astral contiene materia afín con su naturaleza, al paso que los elementarios buscan, naturalmente, a los que están entregados a los vicios, a que ellos eran aficionados cuando se hallaban en la vida física. Una persona dotada de la visión astral ve, a su paso por las calles, hordas de asquerosos elementales agrupándose alrededor de las carnicerías; y en las cervecerías y tabernas se reúnen especialmente los elementarios, gozándose en las emanaciones impuras de los licores, e introduciéndose, cuando les es posible, en los mismos cuerpos de los bebedores. Estos seres son atraídos por los que construyen sus cuerpos con tales materiales, los cuales tienen esta atmósfera como parte de su vida astral. Lo mismo tiene lugar en cada grado del plano astral; a medida que purificamos la materia física, atraemos a nosotros los estados puros correspondientes de la materia astral.

Ahora bien: las variedades de los cuerpos astrales dependen de la naturaleza de los materiales con que se construyen; a medida que por el procedimiento de la purificación hacemos a estos cuerpos más y más refinados, dejan de vibrar en contestación a los impulsos inferiores, y principian a responder a las influencias superiores del mundo astral. De este modo construimos un instrumento, el cual, aunque por su propia naturaleza es sensible a las influencias que vienen de afuera, pierde gradualmente la aptitud para responder a las vibraciones inferiores, y adquieren la de contestar a las superiores: un instrumento afinado de modo que sólo vibra en las notas altas. Del mismo modo que tomamos un alambre para producir una vibración simpática, eligiendo con este objeto su diámetro, longitud y tensión, así también podemos templar nuestros cuerpos astrales para que respondan con vibraciones simpáticas a las nobles armonías que a nuestro alrededor suenen en el mundo. Esto no es asunto de pura especulación o teoría: es un hecho científico. Así como templamos las cuerdas de un instrumento, podemos templar también las cuerdas del cuerpo astral; la ley de la causa y del efecto es tan efectiva en lo uno como en lo otro; apelamos a la ley, nos acogemos a ella y en ella confiamos. Lo que necesitamos es conocimientos y la voluntad para llevar estos conocimientos a la práctica. Este conocimiento se puede experimentar primeramente como mera hipótesis, con arreglo a los hechos conocidos en el mundo inferior; más adelante, a medida que se purifica el cuerpo astral, la hipótesis se cambiará en conocimiento; puede ser asunto de la observación directa, de modo que se llega a comprobar las teorías que en un principio se aceptaran sólo como hipótesis practicables.

La posibilidad, pues, de dominar el mundo astral y de ser verdaderamente

útiles en él, depende primeramente de todo este proceso de purificación. Hay sistemas definidos de Yoguismo, por los cuales puede ayudarse el desarrollo de los sentidos astrales de un modo racional y saludable; pero de nada sirve tratar de enseñarlos a quien no use estos simples medios preparatorios de purificación. Comúnmente la gente ansía ensayar algún método nuevo, extraordinario, para hacer progresos; pero es inútil instruir las gentes en el Yoguismo, cuando ni tan siquiera practican estos estados preparatorios en su vida ordinaria. Supongamos que se principia a enseñar una forma no preparada: la acogería ansiosamente, con entusiasmo, porque era nueva, porque era extraña, porque espera resulta. dos muy inmediatos, y antes de que hubiese pasado un año trabajando en ella, se cansaría del esfuerzo metódico de la misma en su vida diaria, y se desanimaría por la falta de inmediatos efectos; no acostumbrado a un esfuerzo persistente, sostenido con constancia día tras día, cejaría en su propósito y abandonaría el ejercicio; pasada la novedad, el cansancio dominaría. Si una persona no puede o no quiere cumplir el sencillo deber, comparativamente fácil, de purificar sus cuerpos físico y astral, usando una abstinencia temporal para romper los lazos de sus malos hábitos en las comidas y bebidas, es inútil que apetezca procedimientos más difíciles que le atraigan a causa de su novedad, y que abandonaría pronto como carga intolerable. Es inútil cuanto se hable sobre métodos especiales, mientras no se haya practicado por cierto tiempo estos modestos sistemas ordinarios; pero con, la purificación empezarán a mostrarse nuevas posibilidades. El discípulo verá aumentar gradualmente su conocimiento, se despertará una visión más penetrante; las vibraciones llegarán a él de todos lados, produciendo en él contestaciones que no se hubieran mostrado en los días de ceguera e impedimento. Más pronto o más tarde, con arreglo al Karma de su pasado, esta experiencia será suya, y lo mismo que el niño al dominar las letras del alfabeto siente el placer de poder leer un libro, así el que se dedique a estos estudios verá llegar a su conocimiento y bajo su dominio posibilidades que no había ni soñado en sus días de abandono; percibirá ante su vista nuevos horizontes de saber, un universo más vasto desarrollándose en todas direcciones.

Si ahora, por algunos momentos, estudiamos el cuerpo astral actuando en los estados de sueño y de vigilia, podremos apreciar rápida y fácilmente sus funciones cuando se convierte en vehículo de la conciencia fuera del cuerpo. Si estudiamos una persona cuando está despierta y cuando está dormida, nos haremos cargo de un cambio muy marcado respecto del cuerpo astral; cuando está despierta, las actividades astrales -el cambio de colores y lo demás- todo se manifiesta en el cuerpo e inmediatamente a su alrededor; pero cuando duerme tiene lugar una separación y vemos el cuerpo físico -el cuerpo denso y el doble etéreo- que yacen solos en la cama, mientras que el cuerpo astral flota en el aire sobre ellos. Si la persona que estudiamos es de mediano desarrollo, el cuerpo astral, así separado del físico, es una masa algún tanto informe, según antes se describió; no puede ir lejos de su cuerpo físico, es inútil como vehículo de conciencia, y el hombre dentro de él está en un estado vago de soñolencia, no estando acostumbrado a actuar fuera de su vehículo físico; en una palabra, puede decirse que casi está dormido, faltándole el medio por cuyo conducto se ha acostumbrado a obrar, y no puede recibir impresiones definidas del mundo astral, ni expresarse claramente por medio del cuerpo astral pobremente organizado. Los centros de sensación en este último pueden ser afectados por formas de pensamiento pasajeras, y pueden responder en él a estímulos que

despierten la naturaleza inferior; pero el efecto general que representa al observador, es el de un estado de vaguedad y de sueño, careciendo el cuerpo astral de toda actividad definida y flotando perezoso, incoherente, sobre la forma física dormida. Si sucediese algo que tendiese a llevarlo lejos de su compañero físico, éste se despertará, y el astral volverá a entrar en él inmediatamente. Pero si se observa una persona mucho más desarrollada, .por ejemplo, uno que esté acostumbrado a actuar en el mundo astral, y a usar el cuerpo astral con este objeto, se verá que cuando el cuerpo físico se duerme y el astral se desliza fuera, tenemos ante nosotros al hombre mismo en completa conciencia; el cuerpo astral está claramente delineado y definidamente organizado, siendo la imagen del hombre, y el hombre puede usarlo como vehículo, vehículo mucho más útil que el físico. Hállase por completo despierto, y trabaja mucho más activamente, con más exactitud y con mayores poderes de comprensión que cuando se halla confinado en su vehículo físico más denso, pudiendo moverse libremente y con inmensa rapidez a cualquier distancia, sin causar la menor perturbación al cuerpo que duerme en la cama.

Si esta persona no ha aprendido aún a enlazar sus vehículos astral y físico; si hay una interrupción de la conciencia cuando se duerme, y el cuerpo astral se desliza fuera, entonces, al paso que él mismo se halla completamente despierto y en completa conciencia en el plano astral, no podrá imprimir el conocimiento de lo que ha estado haciendo durante su ausencia; en estas circunstancias su conciencia de "vigilia", como se acostumbra llamar la forma más limitada de vuestra conciencia, no participará de las experiencias del hombre en el mundo astral, no porque él no las conozca, sino porque el organismo físico es demasiado denso para recibir sus impresiones. Algunas veces, al despertarse el cuerpo físico, hay el sentimiento de algo que se ha experimentado, y de lo cual no hay recuerdo; sin embargo, este mismo sentimiento demuestra que ha habido un funcionamiento de la conciencia en el mundo astral aparte del cuerpo físico, aunque el cerebro no es lo suficientemente receptivo para obtener ni aún un recuerdo vago de lo que ha ocurrido. Otras veces, cuando el cuerpo astral vuelve al físico, el hombre consigue hacer una impresión pasajera en el doble etéreo y cuerpo denso, y cuando éste despierta, hay un recuerdo vívido de una experiencia obtenida en el mundo astral; pero el recuerdo se desvanece bien pronto y no se puede despertar, y cada esfuerzo hace más imposible el éxito, porque despierta fuertes vibraciones más sutiles del astral. También puede el hombre llegar a imprimir nuevos conocimientos en el cerebro físico, sin poder recordar cómo ni cuándo los obtuvo; en estos casos las ideas se despertarán en el estado de vigilia como engendradas espontáneamente; así se presentarán soluciones de problemas antes incomprensibles, y se hará luz en asuntos antes oscuros. Cuando esto sucede, es un signo lisonjero de progreso, pues demuestra que el cuerpo astral está bien organizado y funciona activamente en el mundo astral, aunque el cuerpo físico sea todavía sólo muy parcialmente receptivo. Algunas veces, sin embargo, el hombre consigue que el físico responda, y entonces tendremos lo que se considera como un sueño vívido, coherente y razonable: sueños de una clase que la mayoría de los pensadores han experimentado alguna vez, en que se sienten más vivos que "despiertos", pudiendo hasta adquirir conocimientos útiles en la vida física. Todos éstos son grados de progreso que señalan la evolución y el perfeccionamiento en la organización del cuerpo astral.

Por otra parte, personas que están haciendo verdaderos y rápidos

progresos espirituales, pueden estar funcionando del modo más activo y provechoso en el mundo astral, sin imprimir en su cerebro a su vuelta de aquél, ni el más ligero recuerdo de la obra en que han estado ocupados, aunque en su conciencia inferior pueden notar mayor claridad y un conocimiento mayor de las verdades espirituales. Hay un hecho que los estudiantes pueden tomar como estímulo, y en el que deben tener confianza, por más nula que sea su memoria física respecto de las experiencias suprafísicas: a medida que aprendemos a trabajar en pro de los demás, a medida que tratamos de ser más y más útiles al mundo, a medida que nos hacemos más fuertes .Y más firmes en nuestra devoción hacia los Hermanos Mayores de la Humanidad, y procuramos ejecutar, cada vez con más ardor, nuestra pequeña parte en su grande obra, estamos desarrollando de modo inevitable el cuerpo astral, y el poder de funcionar en él que nos hace ser más útiles; con memoria física o sin ella, dejamos nuestras prisiones físicas sumidas en profundo sueñe, y nos lanzamos a trabajar en el plano astral en obras de provecho, coadyuvando a la labor de gentes que de otra manera no hubiéramos podido alcanzar, prestando servicios y consuelos en condiciones que de otro modo no podríamos emplear. Esta evolución se verifica en aquellos que son puros de mente, elevados en pensamientos, y con su corazón dedicado al deseo de servir. Pueden trabajar durante muchos años en el plano astral, sin traer recuerdo alguno a sus conciencias inferiores, y emplearán poderes para el bien del mundo mucho más trascendentales de lo que se consideran capaces; éstos tendrán, cuando karma lo permita, la conciencia completa no interrumpida que pasa a voluntad del mundo astral al físico y viceversa; se construirá el puente que permite a la memoria cruzar de uno a otro sin esfuerzo, de modo que el hombre, al volver de su trabajo en el plano astral, se revestirá de su envoltura física sin perder nada de su conciencia. Esta certeza constituye una esperanza de los que escogen una vida de abnegación. Llegará día en que adquieran esta conciencia continuada, y entonces la vida no será para ellos de días de recuerdos y de noches de olvido, sino que será un todo continuado; el cuerpo físico se pone a un lado cuando necesite tomar descanso, y entretanto el hombre emplea su cuerpo astral para su trabajo en aquel mundo; se conservarán entonces los eslabones del pensamiento sin roturas, con conciencia de cuánto se deje el cuerpo físico, de cuándo se sale de él; con conciencia de la vida fuera de él, y del momento en que se vuelve a ocuparlo; de este modo, semana tras semana, año tras año, se conservará la conciencia continua e infatigable, la cual da la certidumbre absoluta de que el cuerpo es tan sólo una vestidura que se lleva, que se pone y se quita según se quiera, y no un instrumento indispensable para pensar y vivir. Se verá que lejos de ser necesario para ambas cosas, son, por el contrario, sin él, el pensamiento mucho más activo, y la vida mucho más desembarazada.

Cuando el hombre ha alcanzado este estado, principia a comprender el mundo y su vida en él es mucho mejor que antes; comienza a penetrar mejor lo que halla ante sí, las posibilidades de la humanidad superior. Gradualmente llega a ver que del mismo modo que el hombre adquiere primeramente la conciencia física y luego la astral, podrá adquirir también estados de conciencia superiores, llevando su actividad a planos más elevados de mundos más vastos, ejerciendo poderes más trascendentes cuando actúa como servidor de los Maestros en ayuda y beneficio de la Humanidad. Entonces la vida física principia a reducirse a sus verdaderas proporciones, y nada de lo que pasa en el mundo de los sentidos puede afectarle ya, como sucedía antes de conocer la

vida más amplia y más rica, siendo la muerte impotente para afectarle en nada que a él o a sus deseos de servir a los demás pueda referirse. La vida terrestre queda relegada a su verdadero lugar, como la parte menor de la actividad humana, y no volverá a ser tan oscura como antes, porque la luz de las regiones superiores brilla en sus más lóbregas profundidades.

Dejando a un lado ahora el estudio de las funciones y posibilidades del cuerpo astral, pasemos a considerar ciertos fenómenos relacionados con él. Puede mostrarse a otras personas aparte del cuerpo físico, ya sea durante la vida terrestre o después de ésta. Una persona que tenga dominio completo sobre el cuerpo astral, puede dejar el físico en cualquier momento, y visitar a un amigo que se halle distante. Si la persona a quien visita es clarividente, esto es, si ha desarrollado la visión astral, verá el cuerpo astral de su amigo; de lo contrario, el visitante puede condensar ligeramente su vehículo, atrayendo de la atmósfera que lo rodea partículas de materia física, "materializándose" así lo suficiente para hacerse visible a la mirada física. Esta es la explicación de muchas apariciones de amigos, fenómenos que es mucho más común de lo que la gente se imagina, pues la gente tímida a quien sucede, suele callarlo, temerosa de que se rían de ella por supersticiosa. Afortunadamente este temor va disminuyendo, y si la gente tan sólo tuviese el valor y el buen sentido de decir lo que sabe que es verdad, pronto tendríamos gran cantidad de pruebas de la aparición de personas cuyos cuerpos físicos se encuentran muy lejos de los sitios donde sus cuerpos astrales se han manifestado. Estos cuerpos, en ciertas circunstancias, pueden ser vistos por los que normalmente no poseen la vista astral, sin necesidad de la materialización. Si el sistema nervioso de una persona se halla muy excitado. y el cuerpo físico extenuado de modo que el pulso lata más débilmente que de ordinario, la actividad nerviosa, que tanto depende del doble etéreo, puede ser anormal mente estimulada, y en estas condiciones el hombre llega a ser temporalmente vidente. Por ejemplo: una madre que sabe que su hijo está gravemente enfermo en país extranjero, y se halle atormentada por la ansiedad, puede, de este modo, ser susceptible a las vibraciones astrales, especialmente en las horas de la noche, cuando la vitalidad está en su punto más bajo; en estas condiciones, si su hijo está pensando en ella. y su cuerpo físico se halla inconsciente de modo que le permita visitarla astral mente, es muy probable que ella pueda verlo. Más a menudo tiene lugar semejantes visitas cuando la persona acaba de fallecer y de abandonar el cuerpo físico. Estas apariciones no son muy raras, especialmente cuando el moribundo tiene gran. deseo de ver a una persona a quien quiera en extremo, o cuando ansía comunicar alguna cosa especial y ha fallecido sin poderlo verificar.

Si seguimos al cuerpo astral después de la muerte, cuando se ha abandonado el doble etéreo así como el cuerpo denso, observaremos un cambio en su apariencia. Durante su conexión con el cuerpo físico, los subestados de la materia astral se hallan mezclados entre sí, compenetrándose y confundiéndose las clases más densas y las más rarificadas. Pero después de la muerte tiene lugar una nueva disposición, y las partículas de los diferentes subestados se separan unas de otras, y, por decirlo así, se agrupan por el orden de sus respectivas densidades, asumiendo de este modo el cuerpo astral una constitución por capas, o convirtiéndose en una serie de células concéntricas, de las cuales las más densas están por fuera. En este punto se manifiesta de nuevo la importancia que tiene la purificación del cuerpo astral durante la vida en la tierra; pues vemos que después de la muerte, no ha de colocarse a voluntad en

cualquier nivel. del plano astral. Este mundo tiene siete subplanos, y el hombre se encuentra limitado a aquel subplano a que pertenece la capa externa; cuando esta primera envoltura se desintegra, pasa al subplano próximo, y así sucesivamente. Un hombre de tendencias muy bajas y animales, tendrá en su cuerpo astral mucha parte de la clase más densa y grosera de materia astral; y esto lo mantendrá sujeto al nivel más bajo de Kamaloka; hasta que esta envoltura se desintegre en gran parte, el hombre permanece prisionero en esta sección del mundo astral, y sufre las molestias de una localidad de las menos apetecibles. Cuando esta capa más externa está lo suficientemente desintegrada para permitir la salida, el hombre pasa al nivel próximo del mundo astral, o mejor dicho, puede ponerse en contacto con las vibraciones del subplano siguiente de materia astral, por lo que le parece que se encuentra en una región diferente; allí permanece hasta que la capa del sexto subplano se disipa y le permite pasar al quinto; correspondiente la duración de su permanencia en cada subplano a la fuerza de aquellas partes de su naturaleza representadas en el cuerpo astral por la cantidad de materia perteneciente a aquel plano. Así, pues, mientras mayor sea la cantidad de materia de los subestados más groseros, más tiempo permanece en los niveles inferiores de Kamaloka; y mientras con más prontitud pueda desprenderse de tales elementos, más breve será el tiempo que haya de pasar en este mundo. Aun cuando los materiales más groseros no estén eliminados por completo, pues para su completa extinción es necesario un procedimiento largo y difícil, la conciencia puede estar, durante la vida terrestre, tan apartada de las pasiones inferiores, que la materia por la cual pueden éstas manifestarse cesa de funcionar activamente como vehículo de conciencia, y, por decirlo así, se atrofia. En este caso, aunque el hombre puede ser detenido algún tiempo en los niveles inferiores, dormirá apaciblemente en ellos, sin experimentar las sensaciones desagradables que les son peculiares. Con su conciencia había cesado de buscar expresión por medio de estas clases de materia, ya no puede ponerse en contacto por su medio con el plano astral.

El paso por Kamaloka de uno que ha purificado su cuerpo astral, de modo que sólo ha retenido en él los elementos más puros y sutiles de cada subplano, aquellos que sólo un grado más pasarían inmediatamente a la materia del subplano superior siguiente, es verdaderamente veloz. Hay un punto entre cada dos subestados de materia, conocido como el punto o estado crítico; el hielo puede llevarse a un punto donde el aumento más insignificante de calor, puede convertirlo en líquido; el agua puede elevarse a un estado donde el menor calor puede cambiarla en vapor. Del mismo modo, cada subestado de materia astral puede llevarse a un punto en donde cualquier refinamiento mayor puede transformarla en el subestado próximo. Si esto ha sido hecho en cada subestado de materia del cuerpo astral, si ha sido purificado éste hasta el último grado posible de delicadeza, entonces su paso por Kamaloka será de rapidez inconcebible, y el hombre pasará a través de él como un relámpago, sin tropiezos en su cambio a regiones superiores.

Queda por tratar otro asunto relacionado con la purificación del cuerpo astral, mediante un procedimiento físico y mental; tal es el efecto de esta purificación en el nuevo cuerpo astral que a su debido tiempo ha de formarse para la próxima encarnación. Cuando el hombre pasa del Kamaloka al Devachán, no puede llevar allí formas de pensamiento del mal género; la materia astral no puede existir en el nivel devachánico, ni la materia devachánica puede responder a las vibraciones groseras de las malas pasiones y

deseos. Por tanto, todo lo que el hombre puede llevar consigo cuando se desprende de los restos del cuerpo astral, son los gérmenes latentes o las tendencias, las cuales, cuando pueden encontrar expresión apropiada, se manifiestan como pensamientos y pasiones malas en el mundo astral. Lleva aquellos gérmenes o tendencias latentes a la vida devachánica, y cuando vuelve a la reencarnación les trae consigo y las exterioriza. Entonces atraen a sí del mundo astral, por una especie de afinidad magnética, los materiales propios para su manifestación, y se revisten de la materia astral en armonía con su propia naturaleza, formando así parte del cuerpo astral del hombre para la encarnación inmediata. Así, pues, no sólo estamos ahora viviendo en un cuerpo astral, sino que estamos modelando el tipo del que tendremos en otro nacimiento; razón de más para purificar el cuerpo astral presente tanto como sea posible, poniendo en práctica nuestros conocimientos actuales para asegurar nuestro progreso futuro.

Todas nuestras vías están enlazadas y ninguna puede separarse de las que la han precedido ni de las que están por venir. A la verdad, sólo tenemos una vida de la que lo que llamamos vidas sólo son realmente los momentos. Nunca empezamos una vida con una hoja en blanco, sobre la cual se ha de escribir una historia completamente nueva; no hacemos más que principiar un nuevo capítulo para desarrollar el plano antiguo. No podemos desprendemos de las responsabilidades kármicas de una vida precedente pasando por la muerte, así como no podemos desembarazarnos de las deudas pecuniarias en que incurrimos un día por el sueño de una noche; si contraemos hoy una deuda, no estamos libres de ella mañana, sino que la reclamación se presenta hasta que se haya pagado. La vida del hombre es continua, sin interrupción; las vidas terrestres están enlazadas y no aisladas. Los procesos de purificación y de desarrollo son también continuos y tienen que desenvolverse por medio de vidas terrestres Sucesivas. A cada cual le llega á su vez el momento de principiar la obra de su regeneración, el momento de sentirse cansado de las sensaciones de la naturaleza inferior, de estar Sujeto a lo animal, de estar sometido a la tiranía de los sentidos; y entonces el hombre se decidirá a romper los lazos de su cautiverio. ¿Por qué hemos de prolongar más este cautiverio, cuando está en nuestra mano el destruirlo en todo momento? Tenemos derecho para escoger; nuestra voluntad es libre, y dado que todos hemos de encontramos un día en el mundo Superior, ¿por qué no hemos de principiar desde luego a romper nuestras cadenas y a reclamar nuestra herencia divina? El principio de la destrucción de nuestras ligaduras, de la obtención de la libertad, es cuando un hombre se determina a que su naturaleza inferior sea servidora de la Superior, a empezar aquí en el plano de la conciencia física la construcción de los cuerpos superiores, tratando de comprender aquellas elevadas Posibilidades que son suyas por derecho divino, y que sólo están oscurecidas por el animal en que vive.

# CAPÍTULO III

# LOS CUERPOS DE LA MENTE

## LOS CUERPOS DE LA MENTE

Hemos estudiado ya con algún detenimiento los cuerpos físico y astral del hombre. Hemos estudiado el físico en sus partes visible e invisible, obrando en su correspondiente plano; hemos seguido las diversas direcciones de sus actividades; hemos analizado la naturaleza de su crecimiento y nos hemos detenido en su purificación gradual. Luego hemos considerado el cuerpo astral de un modo semejante, siguiendo su crecimiento y funciones, tratando de los fenómenos relacionados con su manifestación en el plano astral y también con su purificación. Así hemos obtenido alguna idea de la actividad humana en dos de los siete grandes planos de nuestro Universo. Habiendo hecho esto, podemos pasar ahora al tercer gran plano, el mundo mental. Cuando sepamos algo de éste, tendremos ante nosotros los mundos físico, astral y mental nuestro globo y las dos esferas que le rodean como una triple región en donde actúa el hombre durante sus encarnaciones terrestres, y en donde también mora durante los períodos intermedios entre la muerte que pone fin a una vida terrestre y el nacimiento que principia otra. Estas tres esferas concéntricas son la escuela del hombre y su reino; en ellas verifica su desarrollo, en ellas su peregrinación evolutiva; más allá de ellas no puede pasar conscientemente antes que se abran para él las puertas de la iniciación, pues fuera de estos tres mundos no existe camino alguno.

Esta tercera región que he llamado mundo mental, comprende lo que los teósofos conocen con el nombre de Devachán o Devaloka, la tierra de los dioses, la tierra de la dicha o tierra bendita, como algunos lo traducen. Lleva este nombre a causa de su naturaleza o condición, pues nada de lo que cause dolor o pesar tiene relación con este mundo. El Devachán es esencialmente el mundo de la mente, de la mente libertada de las limitaciones físicas y astrales, y por tanto, es un mundo en el cual, aunque imperfecto, ya no puede penetrar el mal en sus aspectos positivos.

Para evitar confusiones respecto de esta región, es necesario hacer algunas explicaciones preliminares. Al paso que como las demás regiones está subdividida en siete subplanos, tiene la particularidad de que estos siete se dividen en dos grupos: uno de tres y otro de cuatro. Los tres subplanos superiores son llamados técnicamente ayuda o sin cuerpo, debido a su extremada sutileza, mientras que los cuatro inferiores se llaman *rupa* o con cuerpo. El hombre, por tanto, tiene dos vehículos de conciencia para funcionar en este plano, a los que se puede aplicar indistintamente el nombre de cuerpo mental. Al inferior, del cual vamos a tratar en primer término, puede, sin embargo, aplicarse exclusivamente dicho nombre hasta que se le encuentre otro mejor pues el superior es conocido por el de cuerpo causal por razones que se comprenderán más adelante. Los estudiantes de Teosofía están familiarizados con la distinción entre el Manas Superior y el Inferior; el cuerpo causal es el de

Manas Superior, el cuerpo permanente del Ego u hombre: pasa de una vida a otra; el cuerpo mental es el del Manas Inferior: permanente después de la muerte y pasa al Devachán, pero se desintegra cuando termina la vida en los niveles rupa del Devachán.

## A.- EL CUERPO MENTAL

Este vehículo de conciencia pertenece a los cuatro niveles inferiores del Devachán, de cuya materia está formado. Al paso que es especialmente el vehículo de conciencia para aquella parte del mundo mental, obra sobre los cuerpos astral y físico y por medio de ellos en todas las manifestaciones que llamamos de la mente en nuestra conciencia ordinaria del estado de vigilia. En el hombre no desarrollado verdaderamente, no puede funcionar por separado, en su propio plano, durante la vida terrestre, como un vehículo independiente de conciencia; y cuando un hombre así ejercita sus facultades mentales, tienen éstas que revestirse de materia astral y física para poder darse cuenta de su actividad. El cuerpo mental es el vehículo del Ego, del Pensador, para todo lo que razona, pero durante la primera parte de su vida se halla débilmente organizado y algún tanto incipiente y desamparado, lo mismo que el cuerpo astral del hombre sin desarrollar.

La materia de que se compone el cuerpo mental es de una clase excesivamente rarificada y sutil. Hemos visto ya que la materia astral es mucho menos densa que el mismo éter del plano físico, y tenemos que ampliar ahora mucho más nuestro concepto de la materia para concebir la idea de una substancia invisible a la vista astral lo mismo que a la física, demasiado sutil para ser percibida ni aún por los sentidos "internos" del hombre. Esta materia pertenece al quinto plano del Universo, contando hacia arriba, o al tercero, contando hacia abajo, y en esta materia el Yo se manifiesta como mente, así como en el que le sigue por debajo (el astral) se manifiesta como sensación. Observase una particularidad marcada en el cuerpo mental al mostrarse su parte externa en el aura humana; crece, aumenta su tamaño y su actividad, encarnación tras encarnación, con el crecimiento y desarrollo del hombre mismo. Esta es una peculiaridad a la que ya estamos acostumbrados. Un cuerpo físico es construido encarnación tras encarnación, variando con arreglo a la nacionalidad y sexo, pero nos lo imaginamos poco más o menos como del mismo tamaño desde los tiempos de la Atlántida. En el cuerpo astral hemos visto el perfeccionamiento de la organización a medida que el hombre progresa. Pero el cuerpo mental aumenta literalmente de tamaño a medida que avanza la evolución del hombre. Si miramos una persona muy poco desarrollada, vemos que hasta es difícil distinguir su cuerpo mental, pues estará tan poco desarrollado, que se necesita alguna atención para llegarlo a percibir.

Mirando luego a un hombre más avanzado, que aunque no sea espiritual haya desarrollado sus facultades mentales, que haya educado y desenvuelto su inteligencia, veremos que el cuerpo mental ha empezado a adquirir un desarrollo muy definido, y que tiene una organización que permite reconocerlo como un vehículo de actividad; es un objeto claro y definidamente bosquejado, de material delicado y de hermosos colores, que vibra continuamente con actividad enorme, lleno de vida, lleno de vigor: la expresión de la mente en el mundo mental.

Respecto, pues, de su naturaleza, está formado de esta materia sutil; en

cuanto a sus funciones, es el vehículo inmediato, en el cual el Yo se manifiesta como inteligencia; respecto de su crecimiento, crece vida tras vida en proporción del desarrollo intelectual, organizándose también más y más definidamente a medida que los atributos y cualidades de la mente se hacen más y más marcados. No se convierte, como el cuerpo astral, en una representación clara del hombre en la forma y en las facciones, cuando se halla obrando en relación con los cuerpos astral y físico; es oval -semejante a un huevo- en sus contornos, y compenetra los cuerpos astral y físico, y los rodea con una atmósfera radiante a medida que se desarrolla, haciéndose, como he dicho, más y más grande conforme aumenta el desarrollo intelectual. No es necesario decir que esta forma oval se convierte en un objeto hermosísimo y glorioso, así que el hombre desarrolla las aptitudes superiores de la mente; no es visible a la vista astral, pero es perfectamente perceptible a la visión superior perteneciente al plano devachánico o mundo de la mente. Así como el hombre ordinario que vive en el mundo físico no ve nada del astral, aunque éste le rodea, hasta que se le abran los sentidos astrales, así también el hombre que sólo posea en actividad los sentidos físicos y astrales, no ve nada del mundo de la mente ni las formas compuestas de su materia, por más que el Devachán nos rodea por todas partes, a menos que se le abran los sentidos devachánicos.

Estos sentidos más sutiles, los sentidos que pertenecen al mundo de la mente, difieren muchísimo de los sentidos que nos son aquí familiares. La palabra misma "sentidos" es realmente un término erróneo, pues debiéramos más bien decir el "sentido" devachánico. La mente se pone en contacto con las cosas de su propio mundo, como si dijéramos directamente sobre toda su superficie. No hay órganos distintos para la vista, el oído, el tacto, el gusto y olor; todas las vibraciones que aquí recibimos por medio de órganos de sensación separados, dan lugar en aquella región a la vez a todas estas condiciones características, cuando se ponen en contacto con la mente. El cuerpo mental las recibe todas a un tiempo, y se halla consciente de cuanto concierne a: todo lo que llega a impresionarle.

No es fácil hacer concebir con la palabra una idea clara del modo como este sentido percibe una suma de impresiones sin confusión alguna, y la mejor descripción que puede hacerse es quizás el decir que si un estudiante ejercitado para esta región y allí se comunica con otro estudiante, la- mente, al hablar, lo hace a la vez por el color, el sonido y la forma; de modo que el pensamiento completo se transmite como un cuadro de colores y una combinación musical, en lugar de mostrarse, como aquí, sólo un fragmento por medio de los símbolos que llamamos palabras. Algunos de nuestros lectores quizás hayan oído hablar de libros antiguos escritos por grandes iniciados en un lenguaje de colores, el lenguaje de los Dioses; este lenguaje es conocido de muchos *chelas,* y está tomado, en lo que concierne a las formas y colores, del "habla" devachánica, la cual, con las vibraciones de un solo pensamiento, da lugar *a* la forma, al color y al sonido. No es que la mente piense un color, ni un sonido, ni una forma; piensa una idea, una vibración compleja en la materia sutil, y el pensamiento se expresa de todas estas maneras con las vibraciones que despierta. La materia del mundo¡ mental está siempre en vibración, dando lugar a estos colores, a estos sonidos y *a* estas formas; y si un hombre está actuando en el cuerpo mental aparte del astral y del físico, se encuentra absolutamente libre de las limitaciones de los respectivos órganos de los sentidos, percibiendo a la vez todas las vibraciones que en el mundo físico se presentarían separadas y

distintas unas de otras.

Cuando un hombre piensa en su estado de vigilia y obra por medio de sus cuerpos astral y físico, entonces el productor del pensamiento se halla en el cuerpo mental, y el pensamiento pasa primeramente al cuerpo astral y luego al físico; cuando creemos que estamos pensando con nuestro cuerpo mental, esto es, el agente del pensamiento, el "Yo" que expresa la conciencia es ilusorio, aunque es el único Yo conocido de la mayoría. Cuando estábamos tratando de la conciencia del cuerpo físico, vimos que el hombre mismo no está consciente de todo lo que pasa en este cuerpo; que Sus actividades son en parte independientes de él; que no puede pensar como las minúsculas células separadamente piensan; que en realidad no participa de la conciencia del cuerpo como un todo. Pero cuando tratamos del cuerpo mental, llegamos a una región tan sumamente identificada con el hombre, que parece que es él mismo: "Yo pienso", "Yo sé", ¿es posible ir más allá? La mente es el yo en el cuerpo mental, y es lo que para la mayoría de nosotros constituye la meta de nuestro trabajo tras del yo. Pero esto sólo es verdad cuando nos hallamos limitados a la conciencia del estado de vigilia. Todo el que haya aprendido que la conciencia del estado de vigilia, así como las sensaciones del cuerpo astral son una etapa de nuestro viaje tras el yo, y que sepa además ir más allá del mismo, sabe que éste es a su vez tan sólo un instrumento del hombre real. La mayor parte de, sin embargo, como he dicho, no separamos, no podemos separar en nuestro pensamiento al hombre de su cuerpo mental, que parece ser su expresión más elevada, su vehículo superior, el yo más elevado que de algún modo podemos tocar o comprender. Esto es tanto más natural e inevitable, cuanto que el individuo, el hombre, en este estado de la evolución, principia a verificar su cuerpo y a ponerlo en gran actividad. En el pasado ha vivificado su cuerpo físico como vehículo de conciencia, y lo usa en el presente como cosa natural. En los individuos atrasados de la raza, está vivificado el cuerpo astral pero en una gran parte este cuerpo se halla, por lo menos parcialmente, concluida. En esta Quinta Raza trabaja para el cuerpo mental, y el trabajo especial en que la Humanidad debería ocuparse ahora, es en la construcción, en la evolución de este cuerpo.

Nos importa, pues, mucho comprender cómo se construye el cuerpo mental y cómo se desarrolla. Se desarrolla por medio del pensamiento. Nuestros pensamientos son los materiales con que construimos este cuerpo; con el ejercicio de nuestras facultades mentales, con el desarrollo de nuestros poderes artísticos, con nuestras emociones elevadas, estamos literalmente construyendo el cuerpo mental día por día, cada mes y año de nuestras vidas. Si no ejercitamos nuestras aptitudes mentales; si en lo que concierne a nuestros pensamientos somos receptores y no creadores; si aceptamos constantemente de afuera en lugar de formar adentro; si a medida que avanzamos en la vida amontonamos en nuestra mente los pensamientos de otros; si esto es todo lo que sabemos del pensamiento y del pensar, entonces, vida tras vida, nuestro cuerpo mental no puede crecer; vida tras vida volvemos casi lo mismo que nos marchamos; vida tras vida permanecemos un individuo sin desarrollo. Pues sólo por el ejercicio de la mente, por el uso de sus facultades creadoras, ejercitándolas, trabajando con ellas, esforzándolas constantemente, puede desarrollarse el cuerpo mental, y proseguir su curso la verdadera evolución humana.

Desde el momento en que comprendáis esto, trataréis probablemente de

cambiar la actitud general de vuestra conciencia en la vida diaria; principiaréis a vigilar su modo de obrar, y tan pronto como se haga esto, se empieza a notar que, como he dicho antes, una gran parte de vuestros pensamientos no son, en modo alguno, pensamientos vuestros, sino la mera recepción de los de otra gente; pensamientos que vienen no sabéis cómo, pensamientos que vienen no sabéis de dónde, y que se marchan del mismo modo; y principiaréis a sentir quizá con pesar y desconsuelo, que en lugar de tener la mente muy desarrollada, sólo es poco más que un sitio por donde los pensamientos pasan. Tratad de ver qué parte del contenido de vuestra conciencia es propiamente vuestra, y qué parte consiste sólo en la contribución externa. Parad repentinamente vuestro pensamiento alguna que otra vez durante el día, y examinad lo que estáis pensando, y en semejante parada repentina, encontraréis probablemente que no estáis pensando en nada, lo cual es una ocurrencia muy común, o bien notaréis que estáis pensando de un modo tan vago, que sólo tenéis una ligera impresión en lo que entonces os aventuráis a llamar vuestra mente. Cuando hayáis verificado esto muchas veces, y este ejercicio os haya hecho más conscientes de lo que erais antes, entonces principiad a observar los pensamientos que encontréis en vuestra mente, y ved qué diferencia hay entre el estado en que vinieron a ella y el estado en que se han marchado; tratad de daros cuenta de lo que habéis añadido mientras han estado con vosotros. De este modo vuestra mente se hará verdaderamente activa, y ejercitará con ello sus poderes creadores, y si sois prudentes, seguiréis el siguiente procedimiento. Primeramente escogéis los pensamientos a que debéis permitir alguna permanencia en vuestra mente; cuando se reconozca en la mente un pensamiento bueno, se debe persistir en él, alimentarlo, fortalecerlo, tratar de añadirle algo más de lo que tenía, y lanzarlo luego al mundo astral como un agente benéfico; por el contrario, cuando se encuentre un pensamiento malo, debe rechazársele con la mayor prontitud posible. Muy pronto se notará que a medida que se acogen los pensamientos buenos y útiles y se rechazan los malos, se obtiene el resultado de que los pensamientos buenos acudirán más y más numerosos a la mente desde afuera, al paso que los malos se harán más y más raros. El efecto de sostener en la mente toda clase de pensamientos buenos y útiles es convertiros en un imán para todos los pensamientos semejantes que estén a vuestro alrededor, negándonos a dar cabida alguna a los pensamientos malos, los que se os aproximen serán rechazados por una acción automática de la mente misma. El cuerpo mental asumirá la cualidad característica de atraer todos los pensamientos buenos de la atmósfera circundante y de rechazar todos los malos, trabajando con los buenos y haciéndolos más activos, reuniendo así constantemente una masa de material para la mente, que constituirá su contenido y que se enriquecerá más cada día. Cuando llegue el tiempo en que el hombre abandone los cuerpos físico y astral y pase al mundo mental, llevará consigo todo este material reunido; llevará consigo el contenido de la conciencia a la región a que propiamente pertenece, y empleará su vida devachánica en transformar en facultades y poderes todo el material que ha almacenado.

Al final del período devachánico, el cuerpo mental traspasará al cuerpo causal permanente las cualidades características formadas de este modo, las cuales pueden ser así transmitidas a la encarnación próxima. Cuando el hombre vuelve, estas facultades se revestirán de la materia de los planos *rupa* del mundo mental formando un cuerpo mental más altamente organizado y

desarrollado para la inmediata vida terrestre, y se mostrarán por medio del cuerpo astral y del físico como las "facultades innatas" con que el niño viene al mundo. Durante la vida presente, estamos reuniendo los materiales del modo que lo he bosquejado; durante la vida devachánica trabajamos estos materiales, transformándolos de esfuerzos separados del pensamiento en facultades del mismo, en poderes y actividades mentales. Tal es la inmensa transformación que se verifica en la vida devachánica, y puesto que está limitada por el uso que hacemos de la vida física, haremos bien en no escatimar ahora los esfuerzos. El cuerpo mental de la próxima encarnación depende del trabajo que estamos llevando a efecto en el cuerpo mental dela presente; he aquí la inmensa importancia para la evolución del hombre, del uso que haga de su cuerpo mental; éste limita su actividad en el Devachán, y al limitarla, limita las cualidades mentales con que deberá volver a la vida terrestre. No podemos aislar una vida de otra, ni crear milagrosamente algo de la nada. El karma aporta la cosecha con arreglo a lo que sembramos; el grano será escaso o abundante con arreglo a la semilla y al trabajo del labrador.

La acción automática del cuerpo mental de que se ha hablado antes, se comprenderá quizás mejor si tenemos en cuenta los materiales que emplea para su construcción. La mente universal, a la que se halla asociado en su naturaleza más íntima, es el depósito en su aspecto material, de donde saca elementos de construcción. Estos dan lugar a toda clase de vibraciones que varían en cantidad y en poder, con arreglo a las combinaciones que se hagan. El cuerpo mental atrae a sí automáticamente del depósito general la materia que puede sostener las combinaciones que ya existen en él; pues hay un constante cambio de partículas en el cuerpo mental como sucede con el físico, y el sitio que dejan las que se marchan es ocupado por las partículas semejantes que vienen. Si el hombre ve que tiene malas tendencias y se propone cambiarlas, establece una nueva serie de vibraciones, y el cuerpo mental, que está formado para responder a las antiguas, se resiste a las nuevas, originándose con ello conflictos y sufrimientos. Pero gradualmente, a medida que se van rechazando las partículas antiguas y reemplazándolas por otras que respondan a las nuevas vibraciones -atraídas desde afuera por su poder mismo de responder a ellas-, el cuerpo mental va cambiando su carácter, cambia efectivamente sus materiales y sus vibraciones se transforman en antafonistas del mal y atractivas del bien. De aquí la extremada dificultad de los primeros esfuerzos a los cuales hace frente y combate el aspecto primitivo de la mente, de aquí la mayor facilidad de pensar bien a medida que cambia el aspecto antiguo, y finalmente, la espontaneidad, y el placer que acompañan al nuevo ejercicio.

Otra manera de ayudar al desarrollo del cuerpo mental, es la práctica de la concentración; esto es, fijar la mente en un punto y mantenerla en él con firmeza sin permitirla salirse de él ni divagar. Debemos ejercitamos en pensar firme y consecutivamente, sin permitir a nuestra mente pasar de seguida de una cosa a otra, ni gastar sus energías en un gran número de pensamientos insignificantes. Es un ejercicio muy bueno de seguir una línea consecutiva de ideas, en la cual un pensamiento se deduce naturalmente de su antecesor, desarrollando así en nosotros las cualidades intelectuales que ordenan nuestros pensamientos y los hacen, por tanto, esencialmente racionales; pues cuando la mente trabaja así, sucediéndose las ideas de un modo definido y ordenado, se fortalece y se convierte en un buen instrumento del Yo para la actividad en el mundo mental. Este desarrollo del poder de pensar con concentración y

consecutivamente, se traducirá en un cuerpo mental más claramente bosquejado y definido, en un crecimiento rápido, en firmeza y equilibrio, siendo los esfuerzos que se han bien compensados por el progreso que de ellos resulta.

## B.- EL CUERPO CAUSAL

Pasemos ahora al segundo cuerpo mental, conocido por su propio nombre distintivo del cuerpo causal. El nombre es debido al hecho de que todas las causas residen en este cuerpo. Este cuerpo es el "cuerpo de Manas", el aspecto y forma del individuo, del hombre verdadero. Es el receptáculo, el depósito, en el cual todos los tesoros del hombre se almacenan para la eternidad, y aumenta a medida que la naturaleza inferior le va suministrando más y más lo que es propio para su construcción. El cuerpo causal es aquel en el cual se teje todo lo perdurable, y en el que se depositan los gérmenes de todas las cualidades que se transmiten a la encarnación siguiente; así, pues, las manifestaciones inferiores dependen por completo del hombre, "para quien jamás llega la hora".

El cuerpo causal acabamos de decir que es el aspecto y forma del individuo. Hasta que éste no existe, no hay *hombre* alguno; pueden existir los tabernáculos físico y etéreo preparados para su morada, las pasiones, emociones y apetitos pueden irse reuniendo gradualmente para formar la naturaleza kámica del cuerpo astral, y hasta que la materia del plano mental principie a mostrarse en los cuerpos inferiores desarrollados. Cuando por el poder del Ser (Yo), preparando su propia habitación, principia a desenvolverse lentamente la materia del plano mental, entonces tiene lugar una emisión desde el gran océano del Atma-Budhi, que siempre está cobijando la evolución del hombre, el cual, por decirlo, así, sale al encuentro de la materia mental que se halla en estado de desarrollo y crecimiento hacia arriba, se une a ella, la fertiliza, y en este punto de unión se forma el cuerpo causal, el individuo. Los que tienen el don de ver en esas elevadas regiones, dicen que este aspecto y forma del hombre verdadero, es como una delicada película de la materia más sutil apenas visible, señalando dónde el individuo ha principiado su vida separada; esta película delicada y descolorida de materia sutil, es el cuerpo que dura toda la evolución humana, el hilo en el cual se engarzan todas las vidas, el Sutratma que se reencarna: "el hilo del ser". Es el receptáculo de todo lo que está en armonía con la Ley, de todos los atributos nobles y armoniosos, y por tanto, perdurables. Es lo que determina el crecimiento del hombre, la etapa de la evolución que ha alcanzado. Todos los pensamientos grandes y nobles, toda emoción pura y elevada, es llevada y elaborada en su substancia.

Tomemos, como ejemplo, la vida de un hombre ordinario y tratemos de ver qué parte de esta vida puede pasar a la construcción del cuerpo causal, e imaginémonos a éste pictóricamente como una delicada película; ésta tiene que ser fortalecida, que hermosearse con colores, activa de vida, radiante y gloriosa, y aumentada en tamaño, a medida que el hombre crece y se desarrolla. En un estado inferior de evolución, el hombre no muestra mucha cualidad mental, sino más bien mucha pasión y apetitos. Siente las sensaciones y las busca; son las cosas hacia las que se siente atraído. Es como si esta vida interna del hombre emitiese un poco de la materia delicada de que está compuesta, y a su alrededor se juntase el cuerpo mental, y éste se introdujese en el mundo astral, relacionándose con él, de modo que se formase un puente por el cual pasase todo lo que fuese capaz de ello, El hombre envía sus pensamientos por este

puente al mundo de las sensaciones, de las pasiones, de la vida animal, y los pensamientos se mezclan con todas estas pasiones y emociones animales; de este modo el cuerpo mental se queda enredado en el cuerpo astral, ambos se adhieren entre sí, y su separación es dificultosa cuando llega la muerte. Pero si el hombre durante la vida que pasa en estas regiones inferiores tiene un pensamiento desinteresado, un pensamiento provechoso para alguien a quien ame, y hace algún sacrificio para servir a esta persona, entonces ha dado lugar a algo perdurable, a algo que puede vivir, a algo que tiene en sí la naturaleza del mundo superior; esto puede pasar al cuerpo causal e incorporarse a su substancia, haciéndolo más hermoso, dándole quizás el primer toque de color intenso; quizás durante la vida del hombre sólo haya unas pocas de estas cosas perdurables que sirvan de alimento al desarrollo del hombre verdadero. Así, pues, el crecimiento es muy lento, pues todo lo demás de su vida no contribuye a ello; los gérmenes de todas sus malas inclinaciones, nacidas de la ignorancia y alimentadas con la práctica, son retrocaídos en estado latente; cuando el cuerpo astral, que les dio cabida y forma se disipa en el mundo astral, son absorbidos por el cuerpo mental y permanecen en él en estado latente, por falta de material para expresarse en el mundo devachánico; cuando el cuerpo mental a su vez perece, pasan al cuerpo causal, y allí también permanecen latentes, con la vida en suspenso. Cuando el Ego vuelve a la tierra y llega al mundo astral, lánzase afuera y reaparecen allí como las tendencias malas aportadas del pasado. Así, pues, pudiera decirse que el cuerpo causal es el depósito tanto de lo bueno como de lo malo, siendo todo lo que queda del hombre, después de disipados los vehículos inferiores; pero el bien pasa a formar parte de su constitución y contribuye a su crecimiento, mientras que lo malo, con la excepción hecha antes, permanece como germen.

Pero el mal que el hombre hace en su vida, cuando pone en ejecución su pensamiento, ocasiona al cuerpo causal un perjuicio mayor que el de permanecer latente en él como germen de futuros pecados y tristezas. No es sólo que el mal no contribuya al crecimiento del hombre verdadero, sino que cuando es sutil y persistente, arranca, si se permite la expresión, algo del individuo mismo. Si el vicio es permanente, si se persiste constantemente en el mal, el cuerpo mental se enreda de tal modo en el astral, que después de la muerte no puede libertarse por completo, y una parte de su misma substancia le es arrancada; y cuando el astral se desintegra, esta parte vuelve a la substancia del mundo mental, quedando perdida para el individuo; de este modo, pensando en nuestra imagen de una película o burbuja, podemos considerarla como adelgazada hasta cierto punto por la vida viciosa, no solamente retardada en su progreso, sino con algo inmiscuido en ella que dificulta más su construcción. Es como si la película fuese afectada en cierto modo en su capacidad de crecimiento, esterilizada o atrofiada hasta cierto punto. Más allá de esto no pasa, en los casos ordinarios, el daño que ocasiona el cuerpo causal.

## El Cuerpo Causal

Pero cuando el Ego se ha hecho poderoso en inteligencia y en voluntad, sin haber desarrollado en la misma proporción el desinterés y el amor; cuando se contrae a su propio centro separado, en lugar de extenderse a medida que se desenvuelve, y construye un muro de egoísmo a su alrededor, usando sus poderes, en curso de desarrollo, para el "Yo" en vez de para todos; en estos

casos surge la posibilidad que se encuentra indicada en tantas escrituras del mundo, de un mal más peligroso y arraigado: el del Ego, que conscientemente se vuelve contra la ley, que lucha de un modo deliberado contra la evolución. Entonces el cuerpo causal mismo labrado en el plano mental por vibraciones de inteligencia y de voluntad dirigidas a fines egoístas, muestra los matices oscuros que resultan de la contracción, y pierde la deslumbrante radiación que constituye su propiedad característica. Semejante mal no puede llevarse a cabo por un Ego poco desarrollado, ni por comunes faltas mentales concernientes a las pasiones; pues para causar un daño de tal trascendencia, el Ego tiene que estar altamente desarrollado, y debe poseer energías muy poderosas en el plano manásico. He aquí por qué la ambición, el orgullo y los poderes intelectuales aplicados a fines egoístas, son mucho más peligrosos, mucho más mortales en sus efectos, que las faltas más palpables de la naturaleza inferior. El "Fariseo" se halla muchas veces más alejado del "reino de Dios" que el "publicano y el pecador". En esta senda se desarrolla el "Mago negro", el hombre que vence la pasión y el deseo, y desarrolla la voluntad y los poderes mentales superiores, no para ofrecerlos gustosos como fuerzas que coadyuven a la evolución progresiva del todo, sino para apropiarse cuanto puede como unidad individual; para guardar para sí en lugar de repartir. Tales entidades se dedican a sostener la separación en contra de la unidad universal, trabajan para retardar la evolución en lugar de apresurarla, y por tanto, vibran en discordancia con el todo, en vez de vibrar en armonía, y se hallan en peligro de ocasionar el desprendimiento del Ego, lo cual significa la pérdida de todo el fruto de la evolución.

Todos los que principian a comprender algo acerca de este cuerpo causal, pueden hacer que su evolución sea un objetivo definido de su vida, pueden esforzarse en pensar desinteresadamente y contribuir así a su crecimiento y actividad. Vida tras vida, siglo tras siglo, milenio tras milenio, prosigue la evolución del individuo, y ayudando a su desarrollo por medio de esfuerzos conscientes, obramos en armonía con la voluntad divina y llevamos a efecto el objeto para el cual estamos aquí; mida de lo bueno que se teja en la urdimbre de este cuerpo causal, se pierde jamás, nada se disipa, pues es el hombre que vive por siempre.

Vemos, pues, que por la ley de evolución, todo lo que es malo, por más fuerte que por el momento parezca, contiene en sí el germen de su propia destrucción, mientras que todo lo bueno encierra la semilla de la inmortalidad; el secreto de esto está en el hecho de que todo lo malo es discordante y va contra la ley cósmica, y por tanto, más tarde o más temprano ha de ser destruido por esta ley, se hace pedazos contra ella, y queda reducido a polvo. Por el contrario, todo lo bueno, estando en armonía con la ley, es acogido por ésta, conducido adelante dentro de la corriente de la evolución, "no de nosotros mismos, sino de aquello que marcha hacia lo justo", y por tanto, no puede perecer jamás, no puede ser nunca destruido. En esto se encuentra para el hombre no sólo la esperanza, sino también la certeza de su triunfo final; y por más lento que sea el desarrollo, allí está; aunque sea largo el camino, éste tiene fin. El individuo que constituye nuestro Ser, evoluciona y no puede ser destruido por completo; y aún cuando por nuestras locuras hagamos el desarrollo más lento de lo que debiera ser, esto no obstante, todo aquello con que contribuyamos al mismo, por poco que sea, permanece en él eternamente, *y* queda en nuestro poder por todas las edades futuras.

## C.- EL CUERPO ESPIRITUAL

Podemos elevamos un paso más, pero al hacerlo, penetraríamos en una región tan excelsa, que está fuera de nuestra esfera de investigación, aún entregándonos a la imaginación; pues el cuerpo causal no es el más elevado, ni el "Ego Espiritual" es Manas, sino Manas unido o sumergido a Buddhi, lo cual es meta de la evolución humana y término de las vueltas de la rueda de nacimientos y muertes. Por encima del plano en que nos hemos venido ocupando, existe otro superior, llamado algunas veces el de Turiya, el plano de Buddhi, en el cual el vehículo de conciencia es el cuerpo espiritual, el Anandamayakosha o cuerpo de dicha, y en él pueden entrar los Yogis y gozar de la dicha eterna de ese mundo glorioso, y realizar en su propia conciencia la unidad fundamental, que entonces se convierte para ellos en un hecho de experiencia propia, en lugar de ser una creencia intelectual. Se nos enseña que llega un tiempo para el hombre, cuando ha desarrollado el amor, la sabiduría y los poderes, en que pasa a través de una gran entrada que marca un estado definido en su evolución; ésta es la entrada de la Iniciación, y el hombre que penetra por ella conducido por su Maestro, se eleva por vez primera al cuerpo espiritual, y adquiere la experiencia de la unidad que constituye el fondo de toda la diversidad y separación del mundo físico y del mundo astral, y hasta el mismo plano devachánico. Cuando el hombre deja a éstos tras sí, y revestido del cuerpo espiritual se eleva por encima de ellos, experimenta por primera vez que la separación pertenece solamente a los tres mundos inferiores, que él es uno con todos los demás, y que sin perder la conciencia propia, su conciencia puede extenderse y abarcar la de los demás, y convertirse real y efectivamente en uno con ellos. Allí está la unidad que el hombre ansía siempre, la unidad que ha sentido como verdad y que en vano ha tratado de comprender en los planos inferiores; la ve allí realizada más allá de lo que pudo alcanzar en sus más elevados ensueños, encontrando que toda la Humanidad es una con su ser más íntimo.

## D.- CUERPOS TEMPORALES

No debemos dejar fuera de nuestra revista de los cuerpos del hombre, otros vehículos temporales, a los que pueden darse el nombre de artificiales. Cuando un hombre principia a emanciparse del cuerpo físico, puede usar del astral; pero mientras se halla funcionando en él, se encuentra limitado al mundo astral; sin embargo, le es posible usar del cuerpo mental, el del Manas Inferior, para pasar a la región devachánica, y en él puede abarcar los planos astral y físico, sin obstáculo ni impedimento alguno. El cuerpo de que hace uso en este se llama el Mayavi Rupa o cuerpo de ilusión, que es el cuerpo mental, arreglado de cierto modo, por decirlo así, para una actividad especial. El hombre modela el cuerpo mental a semejanza suya, y se halla entonces temporalmente en este cuerpo artificial en aptitud de atravesar a voluntad los tres planos, elevándose por encima de las limitaciones ordinarias que le son propias. Este es el cuerpo artificial que tan a menudo se menciona en los libros teosóficos, en el cual una persona puede trasladarse de un país a otro, pasar asimismo al mundo de la mente para aprender allí nuevas verdades y obtener nuevas experiencias, trayendo luego a la conciencia del estado de vigilia los tesoros así reunidos. La ventaja de usar de este cuerpo superior, consiste en que éste no está sujeto al

engaño e ilusión del plano astral, como sucede al cuerpo astral. Los sentidos astrales no ejercitados se extravían con frecuencia, y se necesita mucha práctica antes de poder confiar en lo que muestran; pero este cuerpo mental, temporalmente formado, no está sujeto a semejantes decepciones; ve y oye en verdad, y no hay ofuscación que se le imponga, ni ilusión astral que pueda engañarle; por tanto, es el que preferentemente usan los que están familiarizados con tales excursiones, formándolo cuando necesitan de él y dejándolo cuando no les hace falta; de este modo aprende el estudiante muchas veces lecciones que de otra manera no hubiera podido saber, y recibe instrucciones que no hubieran podido llegar hasta él.

Se ha dado también a otros cuerpos temporales el nombre de Mayavi Rupa, pero es mejor aplicar sólo este término al que acabamos de describir; pues un hombre puede aparecerse a distancia en un cuerpo que en realidad es más bien una forma mental que un vehículo de conciencia, aunque esté revestido de la esencia elemental del plano astral. Estos cuerpos son, por regla general, meros vehículos de algún pensamiento particular o de un deseo vehemente, y fuera de esto no se muestran conscientes, por lo que sólo los mencionamos de pasada.

## E.- EL AURA HUMANA

Nos hallamos ahora en situación de poder comprender lo que es realmente el aura humana en todo su significado. Es el hombre mismo, manifiesto a la vez en los cuatro planos de conciencia, en los cuales puede obrar con arreglo a su desarrollo; es el agregado de sus cuerpos, de sus vehículos de conciencia, en una palabra, es la' forma en que aparece el hombre, y de este modo es como debemos considerarlo y no como simple esfera o nube que le rodee. El más glorioso de todos es el cuerpo espiritual, visible en los Iniciados, a través del cual funciona el fuego átmico vivo: es la manifestación del hombre en el plano búddhico. Luego viene el cuerpo causal, el cual se manifiesta en lo más elevado del mundo devachánico, en los niveles Arupa del plano de la mente, donde el individuo tiene su morada propia; después sigue el cuerpo mental que pertenece a los niveles devachánicos inferiores, y luego el cuerpo astral, el etéreo y el denso sucesivamente, formando cada uno de la materia de su propia región, y expresando al hombre tal como es en cada cual de ellas. Cuando el investigador mira al ser humano, ve todos estos cuerpos que lo constituyen, mostrándose separadamente, por razón de sus diferentes grados de materia, que señalan el estado de desarrollo que el hombre ha alcanzado. Cuando el estudiante ha desarrollado la visión superior, ve a cada uno de estos cuerpos en completa actividad, y percibe al cuerpo físico como una especie de cristalización densa en el centro de los demás cuerpos, los cuales lo compenetran y se extienden fuera de su periferia, siendo el físico el más pequeño. Luego viene el astral, mostrando el estado de la naturaleza kámica, que constituye una parte tan grande en el hombre vulgar, lleno de pasiones, groseros apetitos y emociones, y varía en delicadeza y en color, según el hombre es más o menos puro; es muy denso en los tipos más groseros, más delicado en los más finos, y de lo más refinado en los hombres muy avanzados en la evolución. Luego sigue el cuerpo mental, de pobre desarrollo en la mayor parte, pero hermosísimo en muchos, y de gran variedad de colores conforme al tipo mental y moral. Viene después el cuerpo causal, apenas visible en los más, y que sólo se distingue examinando

minuciosamente al hombre; tan poco desarrollado se halla, tan respectivamente tenues son sus colores y tan débil es en su actividad; pero cuando llegamos a ver un alma adelantada, este cuerpo y el superior llaman la atención en el acto por representar característicamente al hombre; radiantes de luz, de lo más glorioso y delicado en sus matices, presentan tonos que ningún lenguaje podría describir, porque no tiene sitio en el espectro terrestre: tonos de color, no sólo de lo más puro y hermoso, sino enteramente distintos de los colores que se conocen en los planos inferiores, pues son otros nuevos, que demuestran en aquellas elevadas regiones el progreso del hombre por lo que hace a los poderes y cualidades sublimes que en ellas existen. Si somos tan afortunados que tengamos la dicha de ver uno de los Grandes Seres, lo veremos en esta forma viva, potente en vitalidad y color, radiante y gloriosa, manifestando su naturaleza por su mismo aspecto, más hermosa que cuanto pueda expresar la palabra, más resplandeciente que cuanto pueda pintar la imaginación; y, sin embargo, lo que él es, todos lo serán un día; lo que él es de hecho, existe en cada hombre como posibilidad.

Hay un punto cerca del aura que debo mencionar, por ser de utilidad práctica. Podemos hasta cierto punto, defendemos de la invasión de los pensamientos exteriores, abroquelándonos dentro de una esfera formada de la sustancia del aura. Esta responde con gran facilidad al impulso del pensamiento, y si con un esfuerzo de la imaginación nos forjamos su límite exterior consolidado como una especie de concha, construiremos en realidad un muro protector alrededor nuestro. Esta, a modo de coraza, impedirá que penetren en el aura los pensamientos vagabundos que llenan la atmósfera astral, y eludirá la influencia perturbadora que ejercen en las mentes no ejercitadas, así como también podrá evitarse el agotamiento de vitalidad que sentimos algunas veces, sobre todo cuando nos ponemos en contacto con gente que inconscientemente vampiriza a los que se hallan a su lado. Los que sean muy sensitivos y se sientan exhaustos por semejantes pérdidas de vitalidad, harán bien en defenderse de esta manera. Tal es el poder del pensamiento humano en la materia sutil, que sólo el imaginarse estar colocado dentro de una coraza protectora, viene a construir la realidad de esta defensa en torno nuestro.

Observamos a los seres humanos a nuestro alrededor, podemos verlos en todos los grados de desarrollo, manifestándose por medio de sus cuerpos, con arreglo al plano que han alcanzado en la evolución, viviendo en plano tras plano del Universo, actuando en regiones tras regiones, a medida que desarrollan los vehículos respectivos de conciencia; pues nuestra aura muestra exactamente lo que somos; le añadimos algo a medida que crecemos en la verdadera vida; la purificamos, según nuestras vidas sean nobles y puras, y tejamos en ella cualidades más y más elevadas.

¿Es posible que alguna otra filosofía de la vida esté más llena de esperanza, de fuerza y de alegría que ésta? Mirando el mundo de los hombres únicamente con los ojos físicos, lo vemos degradado, miserable, aparentemente sin esperanza, tal como es en verdad para los ojos de la carne; pero este mismo mundo se nos aparece bajo un aspecto completamente distinto cuando lo miramos como la vista superior. Vemos, a la verdad, el pesar y la desdicha, la degradación y la vergüenza, pero sabemos que son pasajeras, que son temporales, que pertenecen a la infancia de la raza, y que la raza se sobrepondrá a ellas; pues considerando a los más inferiores y más viles, a los más degradados y brutales, podemos sin embargo, ver sus posibilidades, divinas,

podemos penetrar lo que serán en el porvenir. Este es el anuncio de esperanza traído por la Teosofía al mundo occidental, el anuncio de la universal redención de la ignorancia, y por tanto, de la universal emancipación de la desdicha, no soñado, sino real, no en esperanzas, sino convertido en certidumbre. Todos los que en su vida están demostrando el desarrollo, son, por decirlo así, una nueva realización y confirmación de este anuncio; por todas partes aparecen ya los primeros frutos, y el mundo entero llegará a estar un día maduro para la cosecha, y llevará a cabo el objeto para el cual el Logos lo dio a luz.

## CAPÍTULO IV

# EL HOMBRE

## EL HOMBRE

Pasemos ahora a ocupamos del hombre mismo, no de los vehículos de la conciencia, sino de la acción de la conciencia en ellos; no de los cuerpos, sino de la entidad que funciona en ellos; pues por "el hombre" quiero significar el individuo continuo que pasa de una vida a otra, que viene a los cuerpos y los vuelve a dejar una vez y otra vez; que se desarrolla lentamente en el curso de las edades, que crece por la acumulación y la asimilación de la experiencia, y que existe en el plano superior manásico o devachánico a que nos hemos referido en el capítulo anterior. Este hombre es el que va a ser objeto de nuestro estudio, en sus funciones en los tres planos que nos son ya familiares: el físico, el astral y el mental.

El hombre principia sus experiencias desarrollando la conciencia de sí mismo en el plano físico en el cual aparece lo que llamamos la "conciencia en el estado de vigilia", conciencia con la cual todos estamos familiarizados, que obra por medio del cerebro y del sistema nervioso y por cuyo medio razonamos del modo ordinario, llevando adelante todos los procesos lógicos por los cuales recordamos los sucesos pasados de la encarnación presente, y ejercitamos la razón en los asuntos de la vida. Todo lo que reconocemos como nuestras facultades mentales, es el resultado de la obra del hombre en períodos anteriores de su peregrinación, y su conciencia aquí es más y más vívida, más y más activa, a medida que el individuo se desarrolla y el hombre progresa vida tras vida.

Si estudiamos a un hombre muy poco desarrollado, vemos que la actividad mental consciente es pobre en calidad y limitada en cantidad; obra en el cuerpo físico por medio del cerebro grosero y del etéreo; hay acción constante en lo que se refiere al sistema nervioso, visible e invisible; pero esta acción es de clase muy tosca, pues en ella hay muy poco criterio y muy poca delicadeza de tacto mental; existe alguna actividad mental, pero es de una especie, por decirlo así, muy infantil. Ocúpase en cosas insignificantes; se divierte con ocurrencias muy triviales; las cosas que llaman su atención, carecen de toda importancia; se interesa en los objetos pasajeros; le gusta asomarse a una ventana y mirar a una calle concurrida, reparando en la gente y en los vehículos que pasan, haciendo observaciones sobre ellos, y divirtiéndose mucho si una persona bien vestida tropieza y cae en el Iodo, o si un coche que pasa lo llena de barro. No tiene en sí mismo mucho para ocupar su atención, y por tanto, siempre está saliéndose fuera a fin de sentir que está vivo; es una de las cualidades características principales de este grado inferior de evolución mental que el hombre que obra con los cuerpos físico y etéreo, y los emplea como únicos vehículos de conciencia, siempre está percibiendo sensaciones violentas; necesita asegurarse de que siente, y aprende a distinguir las cosas recibiendo de ellas sensaciones fuertes y vívidas; es un estado de progreso necesario, aún cuando elemental, y

sin esto siempre se estaría confundiendo entre el procedimiento dentro de su vehículo y fuera de él; tiene que aprender el alfabeto del yo y del no yo, distinguiendo entre los objetos que le causan impresión y las sensaciones originadas por estas impresiones: entre el estímulo y la sensación. Los tipos inferiores de este estado se ven en las esquinas de las calles, recostados perezosamente contra una pared, haciendo alguna que otra vez observaciones repentinas, y riéndose a carcajadas de un modo vacío de sentido. Cualquiera que pueda observar entonces sus cerebros vería que reciben impresiones borrosas de objetos pasajeros, y que los lazos entre estas impresiones y otras parecidas son muy ligeros; las impresiones se parecen más a un montón informe de piedras que a un mosaico bien coordinado.

Al estudiar el modo como el cerebro físico y el etéreo se convierten en vehículos de conciencia, tenemos que retroceder al desarrollo primitivo del Ahamkara o Yo embrionario; estado que puede verse en los animales inferiores que nos rodean. Las vibraciones causadas por la impresión de los objetos externos se ponen en acción en el cerebro, se trasmiten por éste al cuerpo astral, y se sienten por la conciencia como sensaciones antes de que haya lazo alguno entre estas sensaciones antes de que haya lazo alguno entre estas sensaciones y los objetos que las ocasionan, lazos que constituyen una acción mental definida, una percepción. Cuando la percepción principia, es que la conciencia usa el cerebro físico y el etéreo como sus vehículos, por cuyo medio reúne a sabiendas conocimientos del mundo externo. Este estado hace tiempo que pasó, por supuesto, para nuestra humanidad; pero su repetición pasajera puede observarse cuando la conciencia toma un nuevo cerebro al reencarnarse; el niño principia a "fijarse" -como dicen las nodrizas-, esto es, a relacionar una sensación que se despierta en su conciencia, con una sensación causada en su nueva envoltura o vehículo, por un objeto externo, "reparando" de este modo en el objeto, percibiéndolo.

Después de algún tiempo, no es ya necesaria la percepción de un objeto para que el aspecto del mismo esté presente en la conciencia, sino que puede recordarse la apariencia de un objeto que no está en contacto con los sentidos; tal percepción por la memoria es una idea, un concepto, una imagen mental, y éstas constituyen el acopio que la conciencia reúne del mundo externo, con el cual principia a obrar, siendo el primer estado de esta actividad el arreglo de las ideas, como preliminar del "raciocinio" sobre las mismas. El raciocinio principia comparando unas ideas con otras, e infiriendo luego relaciones entre ellas cuando ocurren simultánea o sucesivamente dos o más una y otra vez. En este proceso la mente se retira dentro de sí misma, llevando consigo las ideas que ha concebido por las percepciones, añadiendo a ellas algo suyo propio, así como cuando saca alguna consecuencia y relaciona una cosa con otra, como causa y efecto. Principia a deducir conclusiones, aun hasta llegar a predecir sucesos futuros, cuando ha establecido una serie de consecuencias; de modo que cuando aparece la percepción considerada como "causa", se espera que siga la percepción considerada como "efecto". Por otra parte, observa, al comparar sus ideas, que muchas de ellas tienen uno o más elementos en común, mientras que los demás constituyentes de las mismas son diferentes, y procede a separar estas cualidades características comunes de las demás, y a ponerlas juntas como propiedades de una clase, y luego agrupa los objetos que poseen a éstas, y así que ve un nuevo objeto que también las tiene, lo coloca en esta clase; de este modo ordena gradualmente en un cosmos el caos de percepciones con que

principió su carrera mental, e infiere la ley de la sucesión ordenada de los fenómenos y de los tipos que ve en la Naturaleza. Todo esto es obra de la conciencia por medio del cerebro físico; pero aún en este trabajo encontramos la huella de lo que el cerebro no suple: éste sólo recibe vibraciones; la conciencia que obra en el cuerpo astral cambia las vibraciones en sensaciones, y en el cuerpo mental cambia las sensaciones en percepciones, y luego lleva a efecto todo el proceso, que, como se ha dicho, transforma el caos en cosmos. Además, la conciencia, al obrar así, es iluminada desde arriba por ideas que no han sido formadas de materiales suministrados por el mundo físico, sino que son reflejadas directamente en ellas por la Mente Universal. Las grandes "leyes del pensamiento" regulan todo pensar, y el acto mismo que pensar revela su preexistencia, pues es producida por ellas y bajo ellas, y es imposible sin ellas.

Casi no es necesario observar que todos estos primeros esfuerzos de la conciencia para trabajar en el vehículo físico, están sujetos a mucho error, tanto a causa de percepciones imperfectas, como por deducciones erróneas. Las deducciones precipitadas, las generalizaciones de una experiencia limitada, vician muchas de las conclusiones que se deducen, y por esto se formulan las reglas de la lógica, para disciplinar la facultad pensante, de modo que pueda evitar los errores en que constantemente cae cuando no está ejercitada. Esto no obstante, la tentativa de razonar, por más imperfecta que sea, entre una cosa y otra, es clara señal de desarrollo en el hombre mismo, pues demuestra que añade algo suyo a la información adquirida de afuera. Este trabajo sobre los materiales reunidos produce un efecto sobre el mismo vehículo físico; cuando la mente enlaza dos percepciones, como quiera que causa vibraciones correspondientes en el cerebro, produce un lazo entre la serie de vibraciones que la percepción despierta, pues cuando el cuerpo mental se pone en actividad, actúa en el cuerpo astral, y éste, a su vez, en el cuerpo etéreo y en el denso, y la materia nerviosa de este último vibra bajo los impulsos que se le imprimen; esta acción se muestra como descargas eléctricas, y las corrientes magnéticas funcionan entre las moléculas y grupos de moléculas produciendo relaciones intrincadas. Estas trazan lo que pudiéramos llamar una senda nerviosa, senda por la cual pasará otra corriente más fácilmente de lo que pudiera pasar de través, por decirlo así; y si un grupo de moléculas relacionadas con una vibración se pone de nuevo en actividad por la conciencia, repitiendo la idea impresa en ellas, entonces la perturbación allí ocasionada entre él y otro grupo por un enlace anterior, poniendo a este otro grupo en actividad, y enviando a la mente una vibración, la cual, después de las transformaciones regulares, se presenta como una idea asociada. De aquí la gran importancia de la asociación, pues esta acción del cerebro es algunas veces excesivamente perturbadora, como cuando alguna idea disparatada o ridícula se enlaza con otra muy seria o sagrada. La conciencia evoca la idea sagrada para detenerse en ella y repentinamente y sin quererlo, la faz grotesca de la idea perturbadora, despertada por la acción mecánica del cerebro, se introduce por la puerta del santuario y lo profana. Los hombres prudentes cuidan de la asociación y se fijan en cómo hablan de las cosas más sagradas, a fin de evitar que alguna persona necia e ignorante enlace lo santo con lo ridículo o lo grosero, enlace que muy probablemente se repetirá en la conciencia. Útil es el precepto del gran Maestro judío: "No deis lo santo a los perros, ni echéis margaritas a los puercos."

Otra señal de progreso es cuando el hombre principia a regular su conducta por conclusiones a que por sí mismo ha llegado en lugar de seguir los

impulsos que recibe de afuera; pues entonces actúa con arreglo a su acopio de experiencias, recordando sucesos pasados, comparando los resultados obtenidos por diferentes líneas de conducta, y en su vida, decidiendo la que adopta para la presente. Entonces principia a predecir, a prever, a juzgar el porvenir por el pasado, a razonar de antemano recordando lo que ha sucedido antes, y cuando hace esto, es que ya existe en él un desarrollo bien claro como *hombre.* Puede estar aún limitado a funcionar en su cerebro físico; puede que fuera del mismo sea todavía inactivo, pero esto, no obstante, es una conciencia que se desarrolla y que principia a comportarse como individual, que escoge su propio camino en lugar de vagar impulsada por las circunstancias, o de seguir la línea de conducta que de afuera le imprimen. El desarrollo del hombre se muestra de este modo definido, desenvolviendo más y más lo que se llama carácter, y más y más fuerza de voluntad.

Las personas de voluntad poderosa y los débiles se distinguen por su diferencia en este sentido: el hombre débil es impulsado por influencias externas, atracciones y repulsiones, al paso que el fuerte sigue impulsos internos propios, y se hace siempre dueño de las circunstancias, poniendo en juego fuerzas apropiadas y guiándose para ello por su acopio de experiencias acumuladas. Este acopio que el hombre ha reunido y acumulado durante muchas vidas, se hace más y más eficaz a medida que se educa y refina el cerebro físico, y se hace, por tanto, más receptivo; el acopio existe en el hombre, pero éste no puede emplear sino aquella parte que puede imprimir en la conciencia física. El hombre mismo tiene la memoria y razona; el hombre mismo juzga, escoge y decide, pero tiene que hacerlo todo por medio de sus cerebros físico y etéreo; tiene que obrar y trabajar con su cuerpo físico, con su mecanismo nervioso y el organismo etéreo relacionado con éste. A medida que el cerebro se hace más impresionable, a medida que él mejora los materiales del mismo y lo domina mejor, puede expresar su naturaleza propia cada vez con mayor perfección.

¿Cómo debemos nosotros, los hombres vivos, educar nuestros vehículos de conciencia a fin de que sirvan mejor de instrumento? Ahora no estamos estudiando el desarrollo físico del vehículo, sino su educación por la conciencia que lo usa como un instrumento del pensamiento: el hombre que ha dirigido su atención a mejorar físicamente su vehículo, debe decidirse a educarlo de modo que responda pronta y consecutivamente a los impulsos que le transmite; y para obtener este resultado tiene que principiar por pensar él mismo consecutivamente, y enviando así al cerebro impulsos relacionados, lo acostumbrará a trabajar ordenadamente por medio de grupos de moléculas enlazados en lugar de emplear vibraciones accidentales sin conexión. El hombre es el que inicia y el cerebro sólo imita; y una costumbre de pensar descuidada y vaga, hace contraer al cerebro la costumbre de formar grupos vibratorios inconexos. La educación tiene dos gradaciones: el hombre al determinarse a pensar consecutivamente, ejercita su cuerpo mental en el enlace de los pensamientos, en lugar de detenerse aquí y allí de modo causal; y luego pensando de esta forma, educa al cerebro que vibra en contestación a su pensamiento.

De este modo, el organismo físico, esto es, el organismo nervioso y el etéreo, adquieren el hábito de obrar de una manera sistemática; y cuando su dueño los necesita, responden fácil y ordenadamente, hallándose prontos a sus órdenes. Entre un vehículo de conciencia así ejercitado y uno sin educación

alguna, hay la diferencia que entre las herramientas de un obrero descuidado, que las deja sucias y embotadas, impropias para el uso, y las del hombre que las atiende, las aguza y limpia; de modo que cuando las necesita, las halla prontas y las puede usar para la obra que desea llevar a cabo, y así debe estar el vehículo físico, pronto siempre a responder a las necesidades de la mente.

El resultado de una obra así constante sobre el cuerpo físico, no se limitará en modo alguno a la capacidad progresiva del cerebro; pues cada impulso que se envía al cuerpo físico tiene que pasar por el vehículo astral, y produce su efecto allí también; y según hemos visto, la materia astral responde más fácilmente que la física a las vibraciones del pensamiento, siendo, por tanto, el efecto que produce en el cuerpo astral semejante método de acción como el que hemos descrito, proporcionalmente mayor. Bajo su impulso, el cuerpo astral adquiere contornos más definidos y una condición bien organizada, como ya se ha dicho; cuando el hombre ha llegado a dominar el cerebro, cuando ha aprendido a concentrarse, cuando puede pensar como quiere y cuando quiere, tiene lugar un desarrollo correspondiente en lo que -si está físicamente consciente de ello- considerará como su vida de ensueños; sus sueños se harán vívidos, muy sostenidos, racionales y hasta instructivos; y es que el hombre principia a funcionar en el segundo de sus vehículos de conciencia, o sea en el cuerpo astral; es que entra en la segunda gran región o plano de conciencia; y actúa allí en el vehículo astral aparte del físico. Consideremos por un momento la diferencia entre dos hombres, ambos "completamente despiertos", uno de los cuales usa inconscientemente el cuerpo astral como puente entre la mente y el cerebro, y el otro lo emplea conscientemente como un vehículo. El primero ve del modo ordinario limitadísimo porque su cuerpo astral no es aún un vehículo de conciencia efectivo; el segundo usa la visión astral, y no se halla ya limitado por la materia física: ve a través de todos los cuerpos físicos, ve por detrás, así como de frente; las paredes y otras substancias "opacas" son para él tan transparentes como el cristal; ve las formas astrales y también los colores, las auras, los elementales y demás. Si va a un concierto, ve combinaciones gloriosas de colores a medida que la música se eleva; si asiste a una conferencia, ve los pensamientos del orador en colores y formas, y adquiere así una comprensión mucho más completa de sus pensamientos que cualquiera otro que solamente percibe las palabras habladas; pues los pensamientos que se expresan en símbolos, como palabras, se manifiestan como formas coloreadas y musicales; revestidas de materia astral, se imprimen en el cuerpo astral.

Cuando la conciencia está completamente despierta en aquel cuerpo, recibe y anota todas estas impresiones nuevas; y muchas personas, si se examinan a sí mismas atentamente, verán que en realidad toman del orador mucho más que lo que las meras palabras aportan, aún cuando no se haya dado cuenta de ello cuando estaban escuchando. Muchos encontrarán en su memoria más de lo que el orador diga, como una especie de sugestión que continuase el pensamiento, como si hubiese algo alrededor de las palabras y las hiciese significar más de lo que expresaran con el mero sonido, y esta experiencia demostraría que el vehículo astral se está desarrollando; ya medida que el hombre se ocupa de su modo de pensar y usa inconscientemente el cuerpo astral; éste se perfecciona más y más en su organización.

La "inconsciencia" durante el sueño es debida, ya a la falta de desarrollo del cuerpo astral, ya a la falta de relación entre éste y el cerebro físico. El

hombre usa del cuerpo astral durante el estado de vigilia, enviando corrientes mentales al cerebro físico por medio del astral; pero cuando el cerebro físico, por el cual está el hombre acostumbrado a recibir las impresiones externas, no está en uso activo, es como David en la armadura que no había probado: no es tan susceptible a las impresiones que le vienen sólo por conducto del cuerpo astral, a cuyo uso independiente no está acostumbrado. Por otra parte, puede llegar a saber usarlo independientemente en el plano astral, y sin embargo, no tener conciencia de ello al volver al cuerpo físico-lo cual es otro grado en el lento progreso del hombre-, principiando así a emplearlo en su mundo respectivo, antes de llegar a relacionar este mundo con el interior. Finalmente llega a relacionarlos, y entonces pasa con toda conciencia de un vehículo a otro y se halla libre en el mundo astral; ha engrandecido el área de su conciencia en el estado de vigilia, incluyendo en ella el plano astral: de modo que actuando en el cuerpo físico, dispone a la vez por completo de los sentidos astrales, y puede decirse que vive al mismo tiempo en dos mundos, sin que entre uno y otro haya interrupción ni vacío alguno, y entonces su percepción del mundo físico es como la de un ciego de nacimiento que abriese los ojos a la luz.

En el grado siguiente de su evolución, el hombre principia a obrar conscientemente en el plano tercero o mental; por largo tiempo ha estado obrando en este plano, enviando desde él todos los pensamientos que toman forma activa en el mundo astral y se manifiestan en el físico por medio del cerebro. Así que se hace consciente en el cuerpo mental, o sea su vehículo mental, ve que cuando piensa crea formas, y se hace cargo de este acto creador, poder que hasta entonces había ejercido inconscientemente. El lector podrá quizás recordar, que en una de las cartas citadas en el *Occult World* (Mundo Oculto), un Maestro dice que todos los hombres crean formas mentales, pero hace la distinción entre el hombre común y el Adepto. (Empleamos aquí la palabra Adepto en un sentido muy amplio, incluyendo Iniciados de varios grados muy por debajo de un "Maestro").

En este estado del progreso, el hombre aumenta considerablemente sus aptitudes para hacer bien; pues cuando puede crear conscientemente una forma mental y dirigirla, forma llamada generalmente un elemental artificial, puede emplearla para obrar en sitios adonde entonces no le convenga ir en su cuerpo mental. De este modo puede obrar tanto desde lejos como de cerca, y aumentar su eficacia; domina a estas formas mentales a distancia, vigilándolas y dirigiéndolas en su obra, y las convierte en agentes de su voluntad. Cuando el cuerpo mental se desarrolla y el hombre vive y obra en él conscientemente, conoce la vida más amplia y grande que tiene en el plano mental; mientras permanece en el cuerpo físico, al mismo tiempo que por su medio está consciente de cuanto le rodea en el plano del mismo, hállase completamente alerta y activo en el mundo superior, y no necesita dormir al cuerpo físico para gozar de las facultades devachánicas. Generalmente emplea el sentido devachánico, recibiendo por su conducto impresiones de todas clases del plano mental, de modo que percibe todo el trabajo mental de otros, lo mismo que percibe sus movimientos corporales.

Cuando el hombre ha alcanzado este estado de desarrollo, el cual es relativamente elevado con referencia al término medio de la humanidad, aunque inferior comparado con el que aspira obtener, funciona entonces conscientemente en su tercer vehículo o cuerpo mental, se hace cargo de todo lo que hace en él, y experimenta los poderes así como las limitaciones del mismo.

Necesariamente también aprende a distinguir entre el vehículo que usa y él mismo, y entonces siente el carácter ilusorio del "yo" personal, el "yo" del cuerpo mental, no el del hombre, y se identifica conscientemente con la individualidad que reside en aquel cuerpo superior, el causal que mora en los subplanos más elevados, los del mundo arupa. Ve que él, el hombre, puede desprenderse del cuerpo mental, puede dejarlo atrás y elevarse más, permaneciendo, sin embargo, el mismo; entonces conoce que las muchas vidas no son, en verdad, más que una, porque él, el hombre viviente, permanece el mismo en todas ellas.

Y ahora pasemos a ocupamos de los eslabones que unen estos diferentes cuerpos, los cuales existen en un principio sin que el hombre tenga conciencia de ello. Existen, porque de otro modo, no podría pasar del plano de la mente al del cuerpo; pero él no tiene conciencia de su existencia, y no están activamente vivificados; son como lo que se llama en, el cuerpo físico órganos rudimentarios. Todo conocedor de biología sabe que los órganos rudimentarios son de dos clases: una que presenta las huellas de los estados por los cuales ha pasado el cuerpo en la evolución, mientras que la otra indica las líneas del desarrollo futuro. Estos órganos existen, pero no funcionan, y su actividad en el cuerpo físico pertenece al pasado o al porvenir: está muerta o no ha nacido aún. Los eslabones que me aventuro a llamar por analogía órganos rudimentarios de la segunda clase, relacionan el cuerpo denso y el etéreo con el astral: a éste con el mental y al mental con el causal. Ellos existen, pero tienen que traerse a la actividad, esto es, tienen que ser desarrollados, y lo mismo que sus tipos físicos, sólo pueden serio por el uso; la corriente de vida transcurre a través de ellos, como asimismo la corriente mental, y de este modo sostienen su vida y se alimentan; pero sólo son puestos gradualmente en actividad funcional cuando el hombre fija su atención en ellos y dedica su voluntad a su desarrollo. La acción de la voluntad principia a vivificar estos enlaces rudimentarios, y poco a poco, quizás muy lentamente, principian a funcionar: esto es, el hombre comienza a usarlos para el paso de su conciencia de uno a otro vehículo.

En el cuerpo físico hay centros nerviosos, pequeñas agrupaciones de células nerviosas, y tanto las impresiones externas como los impulsos del cerebro, pasan a través de estos centros. Si alguno de ellos se desarregla, prodúcese inmediatamente una alternación, y la conciencia física se perturba. En el cuerpo astral existen centros análogos, pero en el hombre no desarrollado son rudimentarios y no funcionan; son lazos de unión entre el cuerpo físico y el astral, entre el astral y el mental, y a medida que procede la evolución, son vivificados por la voluntad, poniendo en libertad y guiando a la "serpiente de fuego" llamada Kundalini, en los libros indios. El período preparatorio para la. acción directa que liberta a Kundalini, es la educación y la purificación de los vehículos; pues si esto no se lleva a efecto por completo, el fuego resultaría una energía destructora en lugar de vivificante, y ésta es la razón porque he insistido tanto en la purificación, y la recomiendo como preliminar necesario para todo verdadero Yoga.

Cuando el hombre ha llegado a un estado en que puede recibir sin peligro ayuda para vivificar estos lazos de unión, esta ayuda le viene, como cosa natural, de aquellos que están siempre buscando las ocasiones de auxiliar al aspirante sincero y desinteresado. Entonces, un día el hombre encuentra que puede salir del cuerpo físico, estando completamente despierto, y sin interrupción alguna en su conciencia se ve en libertad. Cuando verifica esto

unas cuantas veces, el paso de un vehículo a otro se hace familiar y fácil. Cuando el cuerpo astral deja al físico en el sueño, hay un breve período de inconciencia, y hasta el hombre que funciona activamente en el plano astral, no puede unir las dos conciencias al despertar; y con la misma inconciencia con que deja el cuerpo, volverá probablemente a entrar en él; puede tener una conciencia vívida y completa en el plano astral, y sin embargo, estar representada aquélla en el cerebro físico por un olvido completo; pero cuando el hombre deja el cuerpo en estado de vigilia, habiendo puesto en actividad los lazos de unión entre los dos vehículos, entonces ha echado un puente sobre el abismo, y para él éste ya no existe, pasando su conciencia velozmente de un plano a otro, y reconociéndose el mismo hombres en ambos.

Mientras más se ejercite el cerebro físico para responder a las vibraciones del cuerpo mental, más se facilita el paso del abismo entre la noche y el día. El cerebro se hace cada vez más el instrumento obediente del hombre, transmitiendo sus actividades bajo el impulso de su voluntad, lo mismo que un caballo bien domado responde al movimiento más ligero de la mano y de la rodilla. El mundo astral está abierto para el que ha llegado a unir así los dos vehículos inferiores de conciencia y le pertenece con todas sus posibilidades, con todos sus más amplios poderes y mejores oportunidades para ser útil y prestar auxilio a los demás. Luego viene la alegría de poder ayudar a desgraciados que no tienen conciencia de agente por cuyo medio reciben el auxilio, de derrama el bálsamo en las heridas que entonces parece que se curan por sí mismas, de levantar pesadas cargas que parecen aligerarse milagrosamente de encima de los doloridos hombros por ellas abrumados.

Pero algo más que esto se necesita para enlazar una vida con otra; conservar la memoria sin interrupción día y noche, sólo significa que el cuerpo astral funciona perfectamente, y que los lazos que lo unen al cuerpo físico se hallan en completa actividad; pero si el hombre quiere tender un puente de comunicación entre vida y vida, tiene que hacer mucho más que funcionar conscientemente en el cuerpo astral, y más que actuar con completa conciencia en el cuerpo mental; pues éste se compone de materiales de los niveles inferiores del mundo manásico, y la reencarnación no parte de ellos. El cuerpo mental se desintegra a su debido tiempo, lo mismo que los vehículos astral y físico, y no puede, por tanto, transferir nada; la cuestión de que depende la memoria de las vidas pasadas, es la siguiente: ¿Puede o no el hombre funcionar en los planos superiores del mundo manásico en su cuerpo causal? El cuerpo causal es el que pasa de una vida a otra; en él se encierra todo, en él es donde todas las experiencias quedan, pues la conciencia es atraída al mismo, y el descenso a la reencarnación viene de su plano. Fijémonos en los estados de la vida fuera del mundo físico, y veamos hasta dónde se extienden los dominios del Rey Muerte. El hombre se retira de la parte densa del cuerpo físico; éste se desprende, se desintegra, y sus componentes son devueltos al mundo físico: nada queda de él que pueda conservar la memoria; se encuentra luego en la parte etérea del cuerpo físico, pero en el espacio de algunas horas se desprende de éste, el cual se disuelve en sus elementos, y por tanto, ninguna clase de memoria relacionada con el cerebro etéreo puede salvar el abismo. Pasa después al mundo astral, en el que permanece hasta que desecha el cuerpo astral dejándolo tras sí, como lo verificó antes con el físico; el "cadáver astral" a su vez se desintegra, devuelve sus materiales al mundo astral, disolviéndose todo lo que puede servir de base a los lazos magnéticos necesarios a la memoria.

Prosigue su camino en el cuerpo mental y mora en los niveles rupa del Devachán, en donde vive cientos de años, labrando facultades y gozando del fruto, pero a su debido tiempo retírase también del cuerpo mental, llevando consigo al cuerpo perdurable todo lo que ha reunido y asimilado. Deja tras sí el cuerpo mental, que se desintegra lo mismo que los otros vehículos más densos; pues la materia de que se compone, por más sutil que sea desde nuestro punto de vista, no lo es lo . suficiente para pasar a los niveles superiores del mundo manásico, y tiene que ser desechado para que vuelva a los elementos de su propia región.

Durante todo su ascenso, el hombre desecha cuerpo tras cuerpo, y sólo al llegar a los niveles arupa del mundo manásico, es cuando puede decirse que ha traspasado las regiones en donde domina el centro desintegrador de la Muerte, cuando sale finalmente de sus dominios y habita el cuerpo causal sobre el que aquélla no tiene poder alguno, y en el cual el hombre encierra todo lo que ha reunido. De aquí el hombre mismo de cuerpo causal, porque todas las causas que tiene por efecto las encarnaciones futuras residen en él; por tanto, el hombre tiene que principiar a funcionar en plena conciencia en los niveles arupa del mundo manásico en su cuerpo causal, antes de que pueda llevar consigo la memoria a través del golfo de la muerte.

Un alma sin desarrollo que entre en esta elevada región, no puede conservar en ella la memoria; penetra en ella llevando consigo todos los gérmenes de sus cualidades; tiene lugar un contacto, un relámpago de conciencia que abarca el pasado y el porvenir, y el Ego deslumbrado se hunde en la senda que conduce a la reencarnación. En su cuerpo causal lleva los gérmenes, y en cada plano que atraviesa exterioriza los que al mismo pertenecen, los cuales atraen la materia de este plano que le es completamente afín; así, en los niveles inferiores del mundo manásico, los gérmenes mentales atraen a su alrededor la materia de aquellos niveles para formar el nuevo cuerpo mental, y esta materia muestra las características mentales que le da el germen en ella encerrado, del mismo modo que la bellota se transforma en una encina, reuniendo los materiales apropiados del suelo y de la atmósfera. La bellota no puede desarrollar un abedul ni un cedro, sino sólo una encina; y de la misma manera el germen mental se desarrollará con arreglo a su propia naturaleza y no de otro modo; y he aquí cómo obra el Karma en la construcción de los vehículos, y cómo el hombre cosecha con arreglo a la semilla que siembra. El germen que brota del cuerpo causal sólo puede crecer según su naturaleza, atrayendo a sí el grado de materia que el es propio, y dando a esta materia su forma característica, de modo que produzca lo que corresponde a la cualidad que el hombre se formó en el pasado.

Cuando llega al mundo mental brotan los gérmenes que a éste pertenecen y atraen alrededor de sí la materia astral y esencia elemental que les son propias; de este modo reaparecen los apetitos, emociones y pasiones que pertenecen al cuerpo de deseos o cuerpo astral del hombre, reformado de este modo a su llegada al plano astral. Por tanto, para que la conciencia de las vidas anteriores se conserve a través de todos estos procesos y de todos estos mundos, tiene que existir en completa actividad en el plano elevado de las causas, el plano del cuerpo causal; y si la gente no recuerda sus vidas pasadas, es porque aún no son conscientes en el cuerpo causal como vehículo, el cual no posee actividad funcional alguna propia. La esencia de su vida, su "Yo" real, del que todo procede, existe, pero no funciona aún activamente; no es todavía

consciente por sí, aunque sí inconscientemente activa; y hasta que no sea por completo consciente por sí, la memoria no puede pasar de un plano a otro, y por tanto de una vida a otra. A medida que el hombre avanza, brotan relámpagos que iluminan fragmentos del pasado; pero estos relámpagos tienen que convertirse en una luz continua antes que se establezca la memoria consecutiva.

Podrá preguntarse si es posible contribuir a la ocurrencia de tales relámpagos, si es posible apresurar este crecimiento gradual de la actividad en los planos superiores: el hombre inferior puede trabajar a este fin, si tiene paciencia y valor; puede tratar de vivir más y más en el yo permanente, retirar más y más el pensamiento y la energía, según sea la intensidad de su deseo, de las trivialidades y cambios de la vida ordinaria. No quiere esto decir que el hombre se vuelva soñador, abstraído y errante, un miembro inútil del hogar y de la sociedad; antes al contrario, deberá cumplir con todos los deberes que el mundo le impongan, y cumplirlos con la mayor perfección, propia de la grandeza del hombre que lo ejecuta; no puede hacer esto grosera e imperfectamente como el hombre menos desarrollado pudiera verificarlo; pues para él el deber es el deber, y en tanto que alguien o algo pueda exigir alguna cosa de él, debe pagar su deuda hasta el último céntimo: todos los deberes tienen que ser cumplidos tan perfectamente como sea posible hacerlo, con todas las facultades y toda la atención. Pero el interés del hombre no debe estar en estas cosas; sus pensamientos no deben estar pendientes de los resultados, sino que en el instante mismo en que el deber se ha cumplido y se encuentra libre, su pensamiento debe volar a la vida permanente, deberá elevarse al plano superior con impulso enérgico hacia arriba, y vivir allí dando su verdadero valor a las trivialidades de la vida del mundo. A medida que haga esto con firmeza, y trate de ejercitarse en las cosas abstractas y elevadas, empezará a vivificar los lazos de unión superiores de la conciencia, y traer a esta vida inferior la conciencia, que es él mismo.

El hombre es siempre el mismo, en cualquier plano que funcione, y su triunfo tiene lugar cuando puede obrar en todos los cinco planos con conciencia no interrumpida. Aquellos que llamamos los Maestros, los "Hombres perfeccionados", funcionan en estado de vigilia, no sólo en los tres planos inferiores, sino también en el cuarto, el plano de unidad, llamada Turiya en el *Mandukyopanishad,* y en el que le sigue, el plano de Nirvana. En ellos se ha contemplado la evolución, el ciclo ha sido recorrido hasta su final, y lo que ellos son, lo serán los que se hallan subiendo lentamente. Esta es la unificación de la conciencia; el vehículo permanece en estado de emplearse, pero ya no puede aprisionar, y el hombre usa cualquiera de sus cuerpos con arreglo a la obra que tiene que llevar a efecto.

De este modo se conquista la materia, el tiempo y el espacio, y sus barreras dejan de existir para el hombre unificado. Al subir ha encontrado que en cada grado hay menos y menos barreras; aun en el plano astral la separación de sus hermanos es menor que aquí abajo, es mucho menos efectiva. Se viaja tan velozmente en el cuerpo astral, que puede decirse que el espacio y el tiempo se han conquistado; pues aunque el hombre sabe que pasa a través del espacio, lo verifica tan rápidamente, que su peder de separar los seres queridos ya no existe; sólo esta primera conquista anula la distancia física. Cuando se eleva al mundo mental, encuentra que posee otro poder; piensa en un lugar y se ve en él; piensa en un amigo, y éste se halla ante él; aun en el tercer plano la conciencia trasciende las barreras de la materia, del espacio y del tiempo, y se halla

presente en cualquier lugar a voluntad; todas las cosas que se ven, se ven de golpe, en el momento en que la atención se fija en ellas; todo lo que se oye, se oye por una sola impresión; el espacio, la materia y el tiempo que se conocen en los mundos inferiores, desaparecen, y la sucesión ya no existe en el "eterno presente". Cuando se eleva aún más, las barreras de la conciencia también desaparecen y se siente unificada con las demás conciencias, con las demás cosas vivas; puede pensar como ellos piensan, sentir como ellos sienten, saber como ellos saben; puede hacer suyas, por un momento, sus limitaciones, para comprender exactamente cómo piensan, sin perder por eso su propia conciencia; puede emplear su mayor conocimiento para ayudar el pensamiento más estrecho y restringido, identificándose con él a fin de ensanchar sus límites; en resumen, cambia por completo sus funciones en la Naturaleza, desde el momento en que ya no está separado de los demás, identificándose con el Yo que es uno para todos, y enviando sus energías desde el plano de la unidad. Hasta respecto de los animales inferiores, pueden sentir de qué modo existe el mundo para ellos; de suerte que puede prestarles exactamente la ayuda que necesitan, y darles el auxilio tras que andan tanteando ciegamente. Por tanto, su conquista no es para él, sino para todos, y si adquiere poderes más vastos, es sólo para ponerlos al servicio de todo lo que le es inferior en la escala de la evolución, y de este modo hace suya la conciencia del mundo todo; pues para ello aprendió a sentir en sí mismo cada grito de dolor, cada palpitación de alegría o de pena. Todo se ha alcanzado, todo se ha obtenido, y el Maestro es el hombre "a quien nada le queda por aprender". Por esto queremos decir, no que todo conocimiento posible se halle presente en su conciencia en cualquier momento dado, sino que en cuanto se refiere a este grado de la evolución, nada haya velado para él, nada que no pueda penetrar por completo en el momento mismo en que se fije su atención; dentro de este círculo de evolución no hay nada en todo lo que vive -y todas las cosas viven- que no pueda comprender, y por tanto, nada que no pueda auxiliar.

Este es el triunfo final del hombre. Todo lo que hemos descrito carecería de valor, sería trivial, si se obtuviese para el yo limitado que reconocemos como yo aquí abajo; todos los pasos, queridos lectores, hacia los cuales he tratado de induciros, no valdrían la pena de darlos, si hubieran de llevaros finalmente a una meta aislada, aparte de todos los yos pecadores y que sufren, en lugar de conduciros al corazón de las cosas, donde ellas y vos no formáis más que uno. La conciencia del Maestro se extiende en todas las direcciones adonde la dirige, se asimila todo punto en que la fija, sobre todo lo que quiere saber, y todo esto con objeto de poder ayudar con toda perfección, sin que haya nada que no pueda ser objeto de su auxilio, nada que no pueda sentir, nada que no pueda prever, nada que no pueda esforzar y socorrer en su evolución; para él el mundo entero es un todo que evoluciona, y sus funciones en él son las de un auxiliar de la evolución; puede identificarse con todos los grados de la misma, y prestar en cada grado la ayuda requerida. Ayuda a los reinos elementales en su evolución descendente, y a la evolución de los minerales, vegetales, animales y hombres, y a cada uno en la forma que respectivamente necesita, y los ayuda como si todo fuera él mismo; pues la gloria de su vida es que todo es él mismo, y sin embargo, a todo puede auxiliar, en cuyo acto siente y conoce que aquello a que presta ayuda, es él mismo.

El misterio de cómo puede suceder esto, se desenvuelve gradualmente a medida que el hombre se desarrolla, y que la conciencia se ensancha para abarcar más y más, a la vez que se hace más vívida y más vital, sin perder el

conocimiento de sí misma. Cuando el punto se ha convertido en la esfera, la esfera se ve a sí misma que es el punto; cada punto lo contiene todo, y sabe que es uno con todos los demás puntos; se ve que lo externo es sólo el reflejo de lo interno; la Realidad es la Vida Una, y la diferencia sólo una ilusión que se llega a dominar.

## CONTENIDO